

✓ ~~9-244-5~~
Exposición histórica del

Centenario de 1808

— Caja 10F

La Exposición histórica del centenario del Dos de Mayo, que S. M. el rey inaugurará hoy á las doce, ofrece un conjunto de armas, trajes, cuadros, miniaturas, telas, muebles, tapices, joyas y documentos literarios é históricos de un valor inapreciable, para conocer lo que era el pueblo español en la época de la guerra de la Independencia y para estimular el progreso de nuestras actuales industrias artísticas, porque España disfrutaba entonces de igual perfeccionamiento de las industrias de arte que los pueblos más adelantados.

A continuación ofrecemos estudios de conjunto de cada una de las secciones en que el certamen se puede dividir, y en trabajos sucesivos lo estudiaremos en todos sus detalles.

*

Objeto de la Exposición

El objeto de la Exposición del centenario del Dos de Mayo es, no solamente dar á conocer muchas de las reliquias de aquella epopeya que figuran en los museos ó se hallan en poder de particulares, como multitud de documentos para esclarecer la historia de la guerra de la Independencia, sino muy especialmente mostrar el estado de perfección de las artes bellas y de sus aplicaciones á las sumptuosas que de largos siglos atrás venían siendo típicas, propias nuestras, como se demostró en aquel inolvidable concurso del centenario de Colón.

Hasta la guerra de la Independencia se conservó aquel gusto exquisito de los artifices españoles.

Después, con motivo de las vicisitudes por que pasó la nación entre guerras civiles y contiendas políticas, que ocuparon todo el siglo XIX, se rompieron los eslabones de aquella preciosa cadena por la que nos comunicábamos con el saber estético y manual de otras edades, de padres á hijos heredado.

Ayuntamiento de Madrid

F-3592

FM 73774

2 de Mayo de 1901
1001 de 1901

Desaparecieron: la fábrica de porcelana del Retiro, los vidrios de la Granja, las alfombras de la Alpujarra, los armeros de Madrid, las fábricas de tejidos y sederías de casi toda España, las grandes tenerías, los cueros labrados y repujados; envilecieron en la más triste decadencia, en que continúan, los oficios, sin que el gobierno se haya preocupado de su enseñanza, desde la desaparición de los gremios, para tener que recurrir á la producción extranjera que nos invadió con sus productos, en su mayoría baratijas de un arte y gusto extraños al nuestro, desapareciendo, por consiguiente, tanto en los artistas como en el público, toda noción de buen gusto, que con escasísimas excepciones á favor de contadas personalidades, venimos padeciendo todavía.

Estimé de altísima conveniencia esta Exposición, para demostrar que tanto nuestros artistas, como nuestros artifices y artesanos, eran cuando nos sorprendió la guerra de lo más excelente del mundo, y en muchas ocasiones, como demuestran las obras reunidas, los primeros; y para contribuir al despertamiento del buen gusto y del sentimiento castizo con cuya unión debemos reconstituir nuestro mobiliario, traje, arquitectura, pintura y escultura y nuestros oficios todos, no sólo para vivir como españoles, sino también para poder exportar pronto nuestros productos y obtener los incalculables rendimientos que esto significaría.

En más excursiones anuales por el extranjero, y sobre todo por Alemania, se fortifica más mi afán de que podamos conseguir algún día el empleo adecuado de las aptitudes increíbles de nuestro pueblo para la satisfacción siquiera de nuestras propias necesidades artísticas y suntuaria. ¡Qué espectáculo tan hermoso el de una nación que produce desde su casa, hasta el detalle más insignificante de sus muebles, sellos, monedas, dijes y toda especie de trivialidades! Por eso al volver á nuestro país, me creería capaz de hacer todos los sacrificios imaginables con el objeto de conseguir la reconquista de nuestras artes industriales, que emplearían en labor fructuosa legiones de españoles. ¡Y si no contáramos con aptitudes! La vibración de arte, el gusto, la viril y apropiada concepción de forma para toda clase de objetos, son aquí dones casi gratuitos que sólo necesitan de la cultura para manifestarse con un denuesto como no es fácil se dé en país alguno.

Estos sentimientos que comparto con infinidad de españoles, y españoles ilustres, saldrán fortificados de esta Exposición. En ella cobraremos todas fuerzas para la lucha contra los perezosos, y sobre todo contra los bárbaros, que en cada día y en cada hora ponen sus manos zafias sobre nuestra herencia artística, que no está solo en joyas como las que vemos reunidas en la Exposición, que está en nuestras ciudades, villas y aldeas, en su caserío y en los monumentos que pueblan la Península.

Hace dos ó tres semanas recibí por conducto de unos extranjeros la denuncia de una de esas atrocidades que el Estado debía impedir con su alta intervención.

Me decían que el Municipio de Algeciras, de esa Algeciras que durante la conferencia de Marruecos supo conquistarse la estimación de los diplomáticos de las naciones allí representadas, ha ordenado la desaparición de las típicas rejías y de las celosías que tan bello carácter oriental comunican á la población. Duélense esos extranjeros, turistas de los que esparcen por el mundo la noticia de las espectralísimas bellezas de España, de lo que los mismos naturales de Algeciras no se duelen, de la desaparición del carácter en nuestras poblaciones, de lo que es producto de siglos y en media hora de ejercicio de la absurda libertad de un ignorante puede desaparecer.

Para terminar: de la Exposición del Dos de Mayo debe salir una vez más el convencimiento de que debemos poner mano en la reconstitución de nuestras industrias artísticas y en la denodada defensa de nuestro patrimonio monumental y artístico.

José Moreno Carbonero.



La ejecutoria de Madrid

Comencemos la reseña de la Exposición del Dos de Mayo por la mención de la ejecutoria de este Madrid sin madrileños, como demuestran sus agudos dolores y su abandono. Si vivieras, Horado compañero nuestro, queridísimo Angel Chaves, tu pluma tan sensible á las bizarrías como á los donaires, diría en este lugar maravillas acerca de los títulos que Madrid ostenta como capital de España. A falta de tu pulquérrima y caballerosa personita y de tu pluma, dechado de hidalguía en el sentir y en el decir, vaya tu recuerdo al frente de la ejecutoria de nobleza de tu amado Madrid, ejecutoria escrita por el rey de armas de S. M. el Sr. D. Luis Rubio y Ganga, que la firma y sella, y ejecutada con todos los primores caligráficos y miniaturistas de los códices puro estilo del siglo XV, por los señores D. Julio Fería y D. Mariano Ballbuena.

He aquí un extracto de los títulos de Madrid que constan circunstanciadamente en su ejecutoria:

Sin detenerse á estudiar el fundamento de los orígenes que muchos autores atribuyen á

la villa, comienza el cronista su historia positiva por el libertamiento del poder musulmán hecho por Alfonso VI de Castilla en 9 de Noviembre de 1083, y á partir de esta fecha señala los distintos aspectos de la antigua Ma-garit, haciendo mención de los principales hechos acaecidos hasta los tiempos modernos.

Recuerda la institución del Ayuntamiento en 1346 por Alfonso XI, época en que se funda la Escuela de Humanidades, donde andando los siglos continúa sus estudios el gran Cer-vantes, la predilección marcada que mues-tran por Madrid Juan II y Enrique IV, del que se mostró partidario el pueblo después de las rivalidades entre Beltrán de la Cueva y los nobles; la expulsión de los judíos que vi-vían en Lavapiés en 1492; la parte activa que toma en el alzamiento de las Comunidades de Castilla contra Carlos V, el traslado de la Corte á Madrid en 1561 por Felipe II, aunque no con propósito de residencia fija; el reinado de Felipe III en cuyos comienzos tiene lugar un acontecimiento literario de universal re-nombre con motivo de la publicación del «Qui-jote», el traslado de la corte á Valladolid en 1601 para regresar en 4 de Febrero de 1606, haciendo mención en la época que siguió de Alonso Sánchez Coello, Velázquez, Lope, Cal-derón y Quevedo, que tanto brillaron en el reinado de Felipe IV. Se hace mención de los acontecimientos ocurridos en la guerra de Sucesión, del motín de Esquilache, y así con-tinúa la crónica hasta venir á parar á la glo-riosa jornada del Dos de Mayo de 1808 y épo-ca de Goya, en que el cronista de S. M. reasume los hechos ocurridos en Madrid aquel me-morable día, haciendo constar el acuerdo to-mado por el Ayuntamiento que preside el ex-celentísimo Sr. Conde de Peñalver de hacer ostensible en el documento aquella fecha al cumplirse el primer siglo de la efeméride ex-traordinaria que hoy ocupa la atención de la Patria entera.



Los expositores

LISTA POR ORDEN ALFABÉTICO

S. M. el rey D. Alfonso XIII.

S. A. R. la Infanta Doña María Isabel.

Academia de Bellas Artes de San Fernan-do.—Academia de la Historia.—Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Señor conde de Aguiar.—Señor duque de Ahumada.—Alcalde presidente del Ayuntamiento de Ma-drid.—Doña Antonia Alfaro.—Archivo Histó-rico Nacional.—Señor conde de las Almenas.—Señor conde de Almodóvar.—D. Ildefonso Altamira.—D. Fernando Alvarez Guijarro.—D. José Anduaga Espinosa.—Doña Alejandra Arroquante Pérez.—Señor marqués de Argüe-so.—D. Mariano Aspa y Gómez.—D. Angel Avilés.—Excmo. Sr. D. Benito Avilés y Me-rino.—Ayuntamiento de Madrid.

Dña Carmen Baeza de Florit.—Excmo. señor duque de Bañén.—D. José María Barraza.—D. Aureliano Beruete.—Biblioteca Nacional.—Boix y Merino (D. Félix).—Dña Eloisa Borri viuda de Fulgoso.

Dña María Luisa Calvo.—Señor conde de Cartagena.—Dña Hensilia Castilla, viuda de Ojeda.—Señor conde de Castillo-Fuél.—Centro asturiano.—Excmo. señor marqués de Cerralbo.—D. Higinio Ciria.—D. Juan Comba.—Señorita María Teresa Conde y Luque.—Congreso de los Diputados.—D. Enrique Croker.—D. Tomás Corral.

Dirección del ramo de arbolados.

D. Joaquín Ezquerria del Bayo.

D. Manuel Fernández Mourillo.—D. Cristóbal Ferriz.—D. José María Florit.—Señor conde de Fontao.

D. Eugenio Gimeno Reguier.—D. Luis Gómez de Arteche.—D. Manuel Gómez Imaz.—Señora marquesa de Guadalcazar.

D. José Ibáñez Marín.

D. Juan Lafosa Calatayud.—Excmo. señor D. Francisco Laiglesia.—Señor marqués de Laurencin.—Señora de Lemaun.—Excmo. señor duque de Luna.

D. Quirico Llaguno y Renovales.

Señor marqués de Mendigorría.—D. Emilio Martín de San Miguel.—D. Nicolás Martín Navarro.—Sres. de Martínez Pacheco.—Excmo. señor duque de Medinaceli.—Archivo del ministerio de Estado.—Señor marqués de Monsalud.—D. Vidal Morales.—Museo de Artillería.—Museo Naval.

D. Juan Navarro de Palencia.—D. José del Nero.—Señora viuda de Nontder.

Dña Elena O'Lawlor.—Orden Humanitaria de la Santa Cruz.—D. Miguel Ortiz Cañabate.

Ilmo. señor director de Penales.—Excelentísimo señor marqués de Pidal.—Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal.—Excmo. señor conde de Polentinos.

D. Tomás Rico Jimeno.—D. Santiago Rodríguez.—D. José Rokiski.—Excmo. señor marqués de la Romana.—D. Emilio Rotondo y Nicolau.—Dña Matilde Ruiz de Apodaca.—D. Luis Rubio y Ganga.

Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.—Don Pedro Sangro.—Excmo. señor marqués de Santillana.—Excmo. Sr. D. Francisco de los Santos Guzmán.—D. Blas de la Serna Cebrián.—Senado.—D. Carlos Schropp Schropp.—Señora condesa de Sclafani.—D. Pantaleón Sopena.—Excmo. señor conde de Superunda.

Excmo. señor duque de Tannames.—Excelentísimo señor marqués de Toca.—Excelentísimo señor conde de Toranzo.—D. Antonio Tavira de Costa.—D. Antonio F. de Torres.—Excmo. señor duque de T'Serclaes.

Unión española de explosivos.—Excelentísimo señor duque de Valencia.—Excmo. señor marqués de la Vega de Armijo.—D. Gabriel Vergara.—D. Pedro Antonio Villahermosa.

Sres. de Zayas. Madrid



Instalación de la Real Casa

Objetos pertenecientes á la Real Armería

Sable de reales carabineros. — Epoca de Carlos IV. — 1803.

Idem del primer duque de Wellington.

Idem de húsar francés del primer Imperio.

Alabarda de la guardia personal de José Bonaparte.

Idem id. id.

Escopeta valenciana de 1810, regalada á Don Fernando VII.

Idem de la reina Doña María Luisa.

Idem regalada á Don Fernando VII por el duque de Fernandina.

Par de pistolas de arzón de la anterior procedencia.

Escopeta regalada por Napoleón á Don Carlos IV.

Idem id. id.

Idem id. id.

Par de pistolas regaladas á Don Fernando VII por la provincia de Guipúzcoa.

Escopeta regalada á Don Carlos IV por el rey de Túnez.

Jarrito de plata con una bala de la batalla de Bailén.

Placa de uniforme de soldado francés.

Idem id. hallada en Algete.

Cuatro cañones, uno grande y tres pequeños, contruidos por Alfonso Gómez Ortega, cerrajero de Madrid.

Tres balas de la batalla de Chiclana.

Modelo del cañón reglamentario, por Morla.

Espada de Pizarro, usada por el general Downic en la guerra de la Independencia.

Vaina de acero para poder usar la espada anterior.

Cañón construido en 1791 por D. Miguel de Ulloa.

Estandarte de caballería del 4.º de ligeros.

Idem del regimiento de caballería de Almansa (época de Don Fernando VII).

Idem del id. id. de Numancia. (Id.)

Uniforme del rey Don Fernando VII, compuesto de las piezas:

Sombrero apuntado, con pluma blanca. — Casaca de paño azul, bordada de oro, con botones de oro. — Pantalón de igual clase. — Fajín de seda blanca y roja, con borlones de oro. — Cordones para el hombro, de oro con cabetes cincelados de este metal. — Bastón de mando, de carey, con puño y contera de oro cincelado. — Espada con vaina y garnición de oro cincelado (esta tiene la lámina quebrada). — Córdón para la espada, de oro. — Bericú de paño blanco, bordado de oro, con hebillas de este metal.

Todo lo anterior, encerrado en una caja de caoba, incrustada de cobre y acolchada en el interior de seda blanca.

REALES CABALLERIZAS

Epoca de Carlos IV

Seis reposteros ó terlices.
Dos sillas de montar.

Epoca de Fernando VII

Una silla de montar, perteneciente al rey.
Cuatro dalmáticas de los reyes de armas.
Cuatro mazas de maceros.
Dos sillas de montar de cuando era príncipe, y tal vez algunas carrozas de Carlos IV y Fernando VII.

Guarda-muebles

Ocho cornucopias de la época de Carlos IV.
Dos consolas época Carlos IV.
Dos pedestales de caoba con bronce.
Modelito en bronce de la columna Vendôme de París.
Centro de bronce estilo Imperio.
Un par de jarrones estilo egipcio.
Otro par de forma de vasos.
Dos pedestales iguales á los de la segunda pieza.
Dos jarrones del Retiro, fondo azul y flores y adornos blancos, bajo fanales de cristal.
Un jarrón de cristal de la Granja.
Un sillón de seda verde con bordados de plata, de la reina María Luisa.
Dos figuras de marfil de la manufactura del Retiro, y algunos otros objetos.

Casa de la infanta doña Isabel de Borbón

Dos figuras de cuerpo entero de Carlos IV y María Luisa, de la fábrica del Retiro.
Un oratorio portátil del infante D. Francisco de Paula Antonio.
Porcelanas, abanicos, jarrones y cajas que contienen miniaturas de inapreciable valor.



Goya

Riquísima sería la colección de Goyas en esta Exposición si los poseedores de cuadros del gran artista residentes en Madrid hubiesen enviado siquiera la mitad de los que adornan sus salones. No obstante, pueden admirarse la colección de cuadros pequeños del marqués de la Romana que estuvo en la Exposición de 1900; el retrato de la duquesa de Peñaranda, que también figuró allí; el de la marquesa de Santiago, cuerpo entero, y una escena de la guerra, precioso bosquejo de «Los mamelucos», los tres del señor duque de Tamames. Un admirable retrato del cardenal Borbón, propiedad del señor marqués de Monsalud, el retrato de Pedro Romero, y otros, en los que se recrearán los inteligentes.

El asombro de la Exposición

Lo es el retrato de la marquesa de Espeja, propiedad del señor duque de Valencia, que lo tiene en una de las vitrinas. Poco más de medio cuerpo, aparece sentada tamaño natural. Se vió en público hace muchos años, no figuró en la Exposición de Goya, por lo que resulta desconocido para todo el mundo. Irán á verlo y á abismarse en su contemplación todos los artistas y aficionados, porque es uno de los prodigios del arte de la pintura. Goya es inacabable, cada uno de sus cuadros desconocidos resulta una sorpresa; el de esta señora asusta. Es morena clara; la pintura en este lienzo desaparece, resulta la más encantadora ilusión de realidad que puede imaginarse. De esta pintura trataremos despacio.

La miniatura y el esmalte

La premura con que se ha organizado esta Exposición retrospectiva y la ambigüedad de su convocatoria respecto á los objetos que podrían traerse á ella, han contribuido á que estas manifestaciones del arte, llegadas á principios del siglo XIX á su mayor apogeo, no hayan acudido dándonos á conocer la fisonomía de las personas que pertenecientes á las clases medias de la sociedad fueron los directores de la titánica lucha contra el poderío de Napoleón.

Escasas, escasísimas son las miniaturas y esmaltes que figuran en el certamen en comparación al número que aun en Madrid se conservan. Respecto á los de provincias, tiene además otra explicación. Nadie se atreve á confiar al correo ó á persona indocta cosas tan frágiles y perecederas consideradas de padres á hijos como reliquias por pertenecer á individuos que al dar honor á la familia sirven de estímulo y ejemplo á sus descendientes.

Pocos son los desprecupados que en pueblos y capitales pequeñas se desprenden de esos minúsculos recuerdos que en unión de un sable enmohecido, de unas pistolas de chispa ó de algún pedazo de cinta con una cruz, forman el museo de la casa, lo único tangible de aquella leyenda contada por los mayores durante las veladas.

Por lo demás, esas miniaturas no suelen poseer otro valor que el histórico, pues ejecutadas por artistas medianos no interesan al coleccionista inteligente, siempre en busca del valor que el verdadero arte comunica á cuanto toca. Entre el retrato de un hombre célebre pintado por Bayeu ó D. José Aparicio y el de un desconocido por Goya, no cabe duda que todos elegirán éste. En el caso actual, en que se quiere enaltecer la memoria de los luchadores por nuestra independencia, es cuando los particulares podían haber aportado elementos interesantes. Lo existente en museos

y en corporaciones lo conoce todo el mundo y en momento dado puede consultarse fácilmente; lo que poseen aquéllos heredado en la familia permanece ignorado, y el día en que por circunstancias de la vida sale al mercado, al entrar en el reino del anónimo ha perdido su único valor, el histórico.

En las dos décadas que comprende esta Exposición estaban muy en boga los procedimientos de que nos ocupamos, tanto, que todos los pintores al óleo intentaron la miniatura y pocas personas, aun las de posición modesta, dejaron de hacérselas.

Aparte de la moda, importada de Francia, estaban más al alcance de cualquier fortuna, que el retrato al óleo y tenía sobre éste la ventaja de su fácil transporte y ocultación, con lo cual adquiría otra ventaja, la de la intimidad. Al emprender un viaje se llevaban consigo

pendientes del cuello ó en el «ridículo» aquella bolsa bordada de que las elegantes del primer Imperio no se desprendían al salir á la calle.

No he de citar aquí los nombres de los principales especialistas que trabajaron en España en esa época, tarea difícilísima por no acostumbrar á firmar sus obras; baste saber que á los artistas del país, nunca escasos en nuestra patria, se agregaron muchos emigrados del vecino reino en tiempos de la Revolución, los procedentes de Italia al empezar las campañas de Napoleón y al derrocar el trono de Nápoles, y por último los que acompañaron al ejército invasor creyendo encontrar fáciles medios de vida con la protección de sus generales. Estos fueron los asesores con que contaron para desvalijar las villas y ciudades de sus objetos de arte. En cambio, de los jefes y oficiales que nos combatieron, como de los ingleses, auxiliares eficaces de nuestra victoria, quedaron muchos objetos, unos debidos á la captura de convoyes é impedimenta y otros á la cariñosa amistad que trabaron con los agra-decidos españoles. Entre los primeros llamó la atención sobre un reloj de bolsillo que expone el general Ezpeleta, en cuya tapa hay un esmalte representando á Napoleón I dando un abrazo al czar de Rusia Alejandro I; fueron contruidos para rememorar la paz de Tilsit, cuya entrevista preparatoria tuvo lugar en una balsa en medio del Niemen, días después de la batalla de Friedland en 1807.

Salvo las ocasiones en que se pintaban para ellos ó sus familias ó para regalarlas á personas de distinción, las miniaturas de reyes, príncipes y personajes muy populares suelen ser vulgares como arte y abundantes en las colecciones; por regla general, copias de retratos al óleo ó de grabados y se vendían adormando cajas de pastillas ó rapé, hebillas ó alhajas de señora. Se pintaban sobre marfil y en los años que precedieron á la guerra se sustituyeron por grabados iluminados á fin de expendérselas á más módico precio. Por eso

es muy interesante la gran miniatura presentada por S. A. la infanta doña Isabel, retrato de la reina Maria Luisa teniendo de la mano á su hijo D. Francisco de Paula, paseando por unos jardines, regularmente los de Aranjuez, sobre 1806. Es de autor desconocido, pero buen ejecutante en la especialidad; si algo le perjudica es su tamaño excesivo, pues no ha podido salvar el escollo de resultar fatigoso tanto detalle. Al mismo Juan Bautista Gigola, italiano que llegó á ser renombrado en París á principios del Imperio, se le reprocha igual defecto en sus retratos de mariscales con uniformes de gala. De miniaturas sobre porcelana están adornados los dos jarrones también propiedad de la infanta doña Isabel, con la familia de los reyes de Nápoles, así como de esmaltes primorosos una caja grande que perteneció á la duquesa de Berry. Son los retratos de Carlos X y su esposa, el duque de Angulema y la suya y el conde de Chambord, de niño.

Los herederos de Espoz y Mina exhiben una miniatura muy aceptable y discreta, aunque copia de un grabado del célebre guerrillero en su edad madura.

Hay otra interesantísima del general Wellington, firmada por el miniaturista de cámara de Isabel II Juan Pérez de Villamayor; no creo esté tomada del natural, pero lo parece por la frescura de la carnación y el detalle de las facciones. Debe estar ejecutada hacia 1846.

El conde de Castillobel, descendiente del príncipe de la Paz y de la desgraciada Pepita Tudó, ha llevado una cartera de verdadera curiosidad: es la que usaba Godoy, y tiene dentro colocados en sus biseles y cristales los retratos de sus tres hijos; en el centro el de la mayor, Carlota, habida de su matrimonio con la condesa de Chinchón, y á los lados Luis y Manuel, tenidos con la Tudó. Uno de dichos retratos está firmado por Blanco Borís, y es de color brillante, pero de endeble dibujo y escaso relieve. Debieron ser pintados en Roma en 1814 ó 16.

El general Ezpeleta, que como saben todos los aficionados posee la más numerosa y escogida colección de estos objetos, presenta una preciosa de la reina Maria Luisa, en igual traje de coronel de guardias de Corps con que la representó á caballo D. Francisco Goya; un Gravina, hermosísima de ejecución. El retrato de José Bonaparte en esmalte sobre oro, y otro sin terminar sobre marfil, de gran parecido; tal vez no le dió tiempo al artista en su precipitada fuga. Un duque de Wellington, un Fernando VII.—El duque de Parma.—Los retratos del infante D. Francisco y su mujer la hermana de la reina Doña Maria Cristina de Nápoles; la marquesa de Branciforte y algunas otras que no recuerdo, junto con alguna caja conteniendo la Constitución del año 12.

D. Félix Boix presenta varias cajas de la misma clase y en alguna miniatura interesante y de otras colecciones hemos visto los retratos de María Luisa con su famoso collar de perlas, un retrato del duque del Parque, otro del brigadier de marina D. Cosme Churrua... etcétera, etc.

Basta lo expuesto para patentizar el gran interés que ofrecerá el día que se realice una exposición sólo de miniaturas y esmaltes de esa época. Con ella se logrará un señalado servicio á la iconografía española y bajo el punto de vista artístico sabremos hasta dónde llegaron nuestros miniaturistas comparándolos con los extranjeros, aprenderemos sus nombres, casi desconocidos hasta la fecha, y apreciaremos la gran riqueza existente entre los particulares, los cuales al conocerla no dejarán perder por descuido esas delicadas muestras de una especialidad tan difícil y exquisita.

Joaquín Ezquerro del Bayo.

*

El traje civil

1707-1814

Las modas francesas invadieron en absoluto nuestra patria en 1707, no sin la protesta, callada en un principio, tumultuosa en algunos momentos, del elemento popular.

Lo que no pudo conseguir Carlos II al ordenar vistiese su corte á la francesa, cuando casó con madama María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, lo logró sin esfuerzo Felipe V vistiéndose en los primeros años de su reinado el traje español de golilla y valiéndose con gran habilidad de un papel satírico titulado «Decretum Jovis de gonellias», decreto de Júpiter sobre la golilla, que circuló mucho y fué muy comentado en la corte, achacándolo al mismo rey y decidiendo á los grandes, á excepción del duque de Medinaceli y el marqués de Magera, á pedir al monarca se dignase darles el ejemplo para poder vestir á la francesa, quedando relegado el traje genuinamente español para uso de magistrados, oficiales de justicia y alguaciles, á los que el pueblo denominó desde entonces burlescamente «golillas», como llamaba «garnachas» á los letrados por usar esa prenda desde el reinado de Don Felipe II.

Un interesante libro de sastrería publicado en Zaragoza en 1720, da ya las «trazas» ó patrones de las «Bafquiñas con rastreo» y jubón á flores, chupa «en anpón», casaca de mujer, faldellines y ropa de levantar que llama su autor ropa de «chambra». En los hombres el traje de casaca con faldones de mucho vuelo, con grandes bocamangas, prolijamente adornados, como las largas chupas, el calzón

estrecho sobre el que se ponía la media de seda de industria modernísima, sujeta con ligas de terciopelo negro, zapatos lustrados de punta cuadrada, hebilla y tacones de madera pintados de rojo que sólo podían usar los nobles, corbata y vuelillos de encaje, sombreritos de tres candiles y grandes cabelleras rizadas ó pelucas, substituyó al severo traje negro, y los espadines de corte, pendientes del «birricu», á aquellas espadas de arriaz, de brazos rectos, guardamano sogueado y pomo esférico, con hoja toledana de cuatro mesas, con canal hasta la punta, que siempre llevaban un poco fuera de la vaina, porque era, gala dar á entender eran hombres fáciles para una pendencia.

Un espíritu valiente, D. Luis Francisco Altamirano, protestó contra la invasión del traje francés, en un curioso opúsculo publicado en Madrid, y lo satirizaba escribiendo: «Despreciar el adorno que les dió el cielo, para coronarse de rizos de difuntos, ¿no es tener lesa la imaginación ponerse un copete de tan gran magnitud? Unas casacas á la moda con pompa tan grande, ¿cómo puede juzgarse por hábito decente? Hácense con ocho varas de tela, pudiéndose con quatro y así compendian la definición de lo superfluo. ¿Pues qué diremos de los que traen faldas, por no faltar á la observación de las modas? ¿Pues qué de la casaca sobre la chupa? Pleonasmo de telas, ó carga sobre carga. ¿Qué de unos tacones que por enanos desprecian los chapines? Yo por mis pecados he experimentado este uso, y confieso que son el mayor desdoro del sexo».

Las damas acogieron con tanto entusiasmo las modas francesas mucho antes que los hombres, que al verse estimuladas por ellos, hicieron un verdadero derroche de brocados, tela de oro, plata ó seda con mezcla de estos metales bordados, pasamanos y guarniciones de acero, talcos, perlas y otras piedras finas; se adornaban con grandes joyeles y mezclaban en sus complicados peinados coronillas de perlas y «pendoleques» de brillantes de la «última magnificencia»; á pesar de esto, no desdénaron nunca los clásicos mantos de humo y de gloria.

La capa española resistió también victoriosa al influjo de los «rendigots», «bramdeburgo» y otros abrigos extranjeros, sólo sufrió el cambio de hacerla de raxa de Florencia, bayeta, ó paño rojo; embozados en ellas acudían los galanes á las citas, en ella se envolvían los señores y la gente del pueblo, y por defenderla se amotinaron contra Squilache en el reinado de Carlos III.

Este monarca se propuso reformar el traje suprimiendo todo lo costoso y superfluo; comenzó por aligerar al soldado del complicado peinado que usaba, reduciéndolo á dos bucles sobre la oreja y mandando que, por higiene, se rapasen la parte superior de la cabeza, autorizándó á los oficiales á seguir peinándose á lo cortesano; introduciendo en el vestuario la variación de unir los dos ángulos de cada faldón de la casaca por medio de un corchete.

Lo cómodo que resultaban los nuevos uniformes decidió á los sastres á dar un corte parecido á las casacas, suprimiendo el exagerado vuelo de los faldones y acortando y estrechando mucho las chupas.

De los petimetres, que aceptaron esta nueva moda, se decía iban «vestidos de militar», y así los menciona repetidamente en el repartido de sus sainetes D. Ramón de la Cruz.

Comprendiendo el monarca la inutilidad de las leyes suntuarias, y sabiendo el poco caso que habían hecho de las pragmáticas del rey su padre, de 15 de Noviembre de 1723, y del bando que publicó al siguiente año, fué el primero en dar el ejemplo por su sencillez en el vestir para corregir el lujo, protegiendo mucho las industrias de tejidos españoles y fomentando el que las regiones conservasen sus típicos trajes. El de los madrileños consignado está en los maravillosos lienzos que pintó el gran Goya desde 1776 para la Real Fábrica de Tapices, algunos de los cuales figuran en la sala destinada á la Casa Real; en ellos se pueden estudiar las diversas formas de monteras que ponían sobre las redecillas con borlones de madroños, y recrear la vista en el derroche de color, de cintas y alamares en las hombreras, que recordaban los antiguos «brahones», en las fajas de seda y en el conjunto vistoso de los trajes y capas y capotillos.

Las majas con sus finas pañoletas cruzadas sobre el talle y

«La basquiña

de moer con los dos flecos:

la cofia con aquel lazo

de varas de cinta ciento:

la rica mantilla de

Labyrinth, con el negro

pispuente en el fisionado»

según dice el sastre en el sainete de D. Ramón de la Cruz «La casa de Tócame-Roque».

En la nota de españolismo que caracterizó este reinado, las petimetras fueron las únicas que exageraron por distinguirse, las modas francesas en las batas con zagalejo; de más de veinte y cuatro varas, las «desavillés»; blondinas, escofetas y sombrerillos, aceptando el manto, ó la mantilla tan solo

«Porque á una no la conozcan

y murmuren lo que lleva

y con quien va»

como razona doña Paula á su cortejo en «El día del Corpus ó el refunfuñador», del célebre sainetero.

Los jubones eran de talle muy bajo; con haldetas, cruzándose sobre el «petillo» las cintas de ambos costados en cuatro grandes lazos, con las mangas hasta el codo de las llamadas de mantillo.

En el reinado de Carlos IV la indumentaria sufrió un cambio total en los últimos años del siglo XVIII, la moda clásica se extendió por Europa y no fué España de las últimas en seguirla, adaptándola á sus costumbres.

El hermoso cuerpo de nuestras mujeres se reveló en toda su belleza; apenas velado el busto por pequesísimos corpiños muy escotados, con mangas tan cortas que solo cubren los hombros con basquiñas de muy poco vuelo, lo bastante cortas para dejar ver el puntigudo zapato de alto tacón y la media de seda bordada ó calada.

Este nuevo traje que tanto arraigó en el pueblo, enamorado por intuición de todo lo que es bello y plástico, dió ocasión, despojándolo de los ridículos sombreros que llevaban en el extranjero, á utilizarlo con la airosa mantilla que tan sugestivamente se prendían con ese derroche de gracia que Goya inmortalizó en sus cuadros y aguas fuertes.

En ellos se ven llamear los negros ojos de las manolitas en la penumbra de los mantos que, casi tapando la frente, daban al rostro el picaresco donaire tan celebrado de la hembra netamente española.

Mantos, mantillas transparentes, bordadas, de seda, de picos con adornos de colores brillantes, negras ó blancas, de tejidos diversos, siempre era la nota típica de aquel traje, que también adornaban con fajas de seda de colores vivos.

Con ese mismo traje se batieron heroicamente luchando por la independencia de la patria en Madrid y Zaragoza; con él está retratada la señora doña María de la Consolación Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta, con el fusil en la mano derecha, el chal cruzado al hombro izquierdo y la repleta canana en la cintura, con el escudo de nobleza bordado en el cuero de la tapa.

Imitando en un todo á las romanas, en vez de la faja finísima de piel con que se sujetaban el pecho, usaban unos justillos pequeños, lazados por detrás que, dando mucha es-

bellez al torso y las caderas, realizaba el airoso movimiento al andar, que con tanta gracia exageraban las exaltadas patriotas para acentuar su españolismo y su odio al rey intruso.

El hermosísimo retrato de la marquesa de Santiago, pintado por Goya en aquella época, que presenta en esta Exposición, entre otros muy interesantes, el duque de Tamames, da idea exacta del traje de una gran dama española, sin afeites ni arrumacos, de origen extranjero; en él se nota la nueva forma del zapato, sin tacón y la suela completamente lisa, adornada de circulitos y otros dibujos, que se empezó á usar entonces.

También sufrió un gran cambio la indumentaria masculina en los comienzos del siglo XIX, y aparte de los curiosos grabados que nos lo muestran, nada mejor para estudiarlo que la preciosa estatua del rey Don Carlos IV, joya del palacio de S. A. la infanta doña Isabel, que, con la de su esposa la reina Doña María Luisa, ha expuesto la infanta artista.

Proceden ambas de la Real fábrica de porcelana del Retiro y están firmadas en 1806. El rey viste frac de cuello alto y vuelto, solapas de dos ejales y mangas estrechas; chaleco cruzado corto y calzón ceñido, y sobre éste medias fuertes hasta medió muslo, y botas sin tacón alguno y de punta aguzada. Por entonces se empezó á usar el gran sombrero de copa de pelo gris ó ahuesado y alas anchas; Goya está retratado con este sombrero, y así mismo lo están los heroicos D. Mariano Zerezo, D. Felipe Sanclemente y Romeu y el menestral Taideo Ubon, en la colección de grabados de Gálvez y Brambila de «Las ruinas de Zaragoza». Los manolos y chisperos, los «majos jaquetones» y los toreros conservaron los pintorescos trajes ya descritos, usando los caballeros que vestían de majo sombreros apuntados con lazo de terciopelo negro.

Hecha muy sucintamente la historia del traje civil de los españoles durante el siglo XVIII y en la guerra de la Independencia, pido de antemano perdón si por no estar terminadas las instalaciones de esta interesantísima exposición, cuando escribo estas cuartillas, me hace omitir algunas, y citar tan sólo para su estudio la importante colección de trajes que donó al Museo Arqueológico doña Maria Bonnat, viuda del pintor Enrique Mérida, que tan admirablemente interpretó en sus cuadros aquella época; los dos cuadros Entrada de Fernando VII en Madrid y en Zaragoza, de la casa real; los históricos abanicos de la infanta doña Isabel y de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán; «La corrida de toros», que adquirió el marqués de Santillana de la casa Osuna; una capa admirablemente conservada que exhibe el duque de T. Serclaes, las estampas españolas de D. Félix Boix, las miniaturas de los Sres. Espeleta, Esquerria y Bosch, los lienzos procedentes del Buen Retiro, del Ayuntamiento de Madrid; el traje del torero Guillén, muerto en la plaza de Ronda en 1805; del pintor Parladé, conde Aguiar; un traje de niño, de Florit; las siluetas en negro de la inestimable colección del general Arteche, que presenta el Senado, y algunos cuadros y retratos, entre ellos el de un pintor, que presenta el duque de Valencia; el pantalón que tiene esta figura, se llevaba ya por los años de la guerra un poco ancho de abajo, llegando hasta el tobillo y con trabillas que pasaban sobre la media, poniendo encima el zapato muy bajo, sin nada de tacón y con lazos, moda que se generalizó mucho entre los «dechuguinos» y «tónicos» después de la entrada en Madrid de Fernando el Deseado.

Juan Comba,

Profesor de indumentaria en el Conservatorio.



El general Gómez de Arteche

En el fondo de una espaciosa vitrina, y rodeados de medallas, armas, proyectiles y trofeos, se destacan el tintero y la pluma usados por el glorioso historiador de la lucha sostenida por nuestros abuelos contra el mayor capitán de la Humanidad.

Ciertamente es esta Exposición histórica del Centenario de la Independencia una de las más interesantes para la vida española, porque en ella, cual era de esperar, se ofrecen recuerdos, documentos, reliquias y pruebas del esfuerzo, de la cultura y del espíritu de sacrificio que tuvieron que derrochar los españoles para su ingreso en la vida moderna.

Allí, en hermosa y pacífica confusión dictada por el tiempo, preséntanse los hombres y los hechos de opuestos bandos, en lienzos, papeles, bronce, piedras y joyas, como para recordarnos lo que es la vida de una generación de luchadores en orden al progreso general del país. Y como en su centro propio, se levanta la noble figura de Gómez de Arteche, que de todos aquellos documentos, rastros luminosos de la contienda material y espiritual de la raza contra Napoleón y contra sus huestes inmortales, supo concretar los hechos y deducir las consecuencias que, contrastados honrada y puntualmente, según su hombría de bien neta y castiza, nos legó en los catorce volúmenes de su Historia.

Quien haya hojeado esos libros, que aparecen en la vitrina como materiales sacados por la pluma de la cantera abundante del pensador-soldado, seguramente experimentará una impresión honda y agradable, al ver en las salas de la Exposición las figuras y los trofeos delineados y presentados tan noblemente por un hombre que antes de abordar la magna empresa de narrar y comentar la lucha inmortal, nos dio una base tan firme para tal estudio en su «Geografía Histórico-Militar de España y Portugal», libro en mal hora desaparecido de nuestras escuelas militares, porque ninguno como él enseña tanto y aviva tan suavemente, tan delicadamente, al espíritu guerrero, al instinto profesional y al sentimiento patriótico de la juventud que se inicia en la carrera de las armas.

Fué, ante todo, Gómez de Arteche un paladín del nombre español y de la justicia, maltratados y agraviados por los romanticismos de los cantores franceses de la Iliada, desde Thiers á Marbot, y atropellados cruel y sañudamente por los británicos desde Napier á Southey.

La rica colección de documentos por Arteché consultada y la serie de papeles que exhiben el Archivo histórico y varias casas linajudas cuyos antepasados fueron actores de la contienda, justifican la bizarra actitud del general historiador y hacen sobremanera laudable su empeño. Porque, á la póstre, desde el profesor de Oxford M. Oman, á Alberto Sorrel, Grandmaison, Balagny, Titeux, Clerc, Guillou, etc., discretos comentaristas modernos de sucesos de la guerra peninsular, han tenido en la obra de Arteché un guía seguro para sus investigaciones y juicios y un tajar que cortó el ímpetu de sus pasiones y prejuicios.

Varón tan bien capacitado y tan imparcial como D. José Gómez de Arteché, fué siempre en sus juicios considerado, noble y piadoso, aun con aquellos españoles que más justificadamente pedían execración y condena...

Sin duda, sus fallos, tan humanamente expuestos, sobre hombres y acaecimientos de la epopeya, dentro de la tendencia histórica y de la crítica militar reivindicadora y sana, fueron antecedentes y preliminares de esta Exposición, conglomerado bizarrísimo, elocuente y rico, en que Napoleón contempla con apacibilidad á Fernando VII, á los guerrilleros españoles, á La Romana, á Castaños, á Palafox, en tanto que Infantado hace par con Floridablanca y con los junteros de la derecha, como Jovellanos y Valdés se presentan al lado del iracundo y truculento Cuesta...

Si duda, también su claro ingenio y su patriotismo le inspiraron un eterno canto al vigor del pueblo español, á prueba siempre de egoismos y de querellas de primates civiles, eclesiásticos y militares...

Joyel y archivo es la Exposición del Centenario de lo que el alma española hizo: recreo y orgullo para los espíritus tibios; esperanza y garantía para los corazones bien templados; positiva enseñanza, ciertamente, para los que quieran aprender.

Todo ello nos lo da, como cristianización recia y transparente, el general Gómez de Arteché en su «Guerra de la Independencia».

Por eso tiene en la Exposición centenaria del batallar por la Patria y por la Libertad, su merecido puesto de honor.

José Ibáñez Marín.



La Fábrica de tapices

Es tal vez la única institución artístico-industrial llegada á nuestros días de las que fundaron los primeros Borbones. La Real Fábrica de Tapices lo fué por Felipe V, que trajo de Amberes á Jacobo Vandergoten, gran tejedor de tapices. La dirección artística y la gerencia se ha perpetuado en su familia, á la que pertenece Stuik, el nobilísimo, inteligente y simpático director actual.

Por la Real Fábrica de Tapices es popular este bellissimo arte en España. A todas las ceremonias oficiales en que toma parte la corte acude Stuiik con los enormes y riquísimos paños que se guardan en la Fábrica, pertenecientes á la Casa Real; decora salones y palacios, improvisa solios al aire libre y hace lucir esas decoraciones verdaderamente imperiales de cuyas trazas sólo él posee el secreto.

Tres salones han sido decorados con tapices en esta Exposición. El regio, donde van algunos de los más típicos de Goya y otros de Maella y Bayen; el del Museo de artillería, en los que se representan historias del «Quijote» y el del ministerio de Marina, donde van los fastuosos de la historia de Dario y el incomparable de la «Muerte de Absalon», de lo más perfecto que cabe apetecer. El cantón de este último es de Jordán y resulta el más espléndidamente decorativo.

El Sr. Sentenach, de la Academia de Bellas Artes, hará un estudio de todos estos tapices, tejidos próximamente en la época de la guerra de la Independencia.



El traje militar

Con el objeto de dar á esta interesantísima Exposición el mayor carácter posible, se proyectó vestir á los soldados que en ella han de prestar servicio con los trajes de la época. Después de grandes trabajos de investigación y con la eficaz é inteligente ayuda de los artistas industriales, en otro lugar citados, dióse cima al empeño. A continuación van descritos los trajes que otros tantos soldados lucirán en la inauguración y durante el tiempo que dure el certamen y que después pueden formar la base de un museo de trajes militares españoles en el ministerio de la Guerra ó el Museo arqueológico.

Tropas de la Casa Real

Guardia de Corps.—Casaca y calzón azul. Cuello, solapa, chupa, vuelta y forro, encarnado. Botón y galón de plata en la solapa; vuelta, cuello y bandolera.

Las compañías se distinguían por los cuadros de ésta, que eran: rojos en la primera, morados en la segunda y azul celeste en la tercera.

Sombrero de tres picos con galón de plata, escarapela y presilla.

Bota alta de montar con rodillera y espuela de hierro de cuello de pichón y estrella de ocho puntas.

Espada con empuñadura de taza, suspendida del viricú que pendía del cinturón.

Carabina con llave cubierta á la francesa.

Alabardero.—Casaca y calzón azul; vuelta, chupa y solapa encarnada, con alamares de plata á los lados; botón blanco. Medias encarnadas, y zapato con hebilla.

Sombrero de cueros negros con escarapela y presilla de galón de plata.

Alabarda y espada con empuñadura de taza.

Carabineros reales. — Dormán azul con cuello y vueltas grana y las iniciales C. R. guarnecidas de galón de hilo blanco, que en las mangas subía hasta el codo en forma de escusón. En el pecho cinco órdenes, en grupos de tres cordoncillos de hilo blanco y 15 botones de cabezas de turco en tres hileras; galoncillo en las costuras. Charreteras de canelón con pala y presilla de hilo blanco; forrajera con escusones y borlas de lo mismo.

Pantalón azul, ceñido, con escusones blancos en la portezuela; abierto al costado exterior con una jareta ribeteada de encarnado, y abrochado con botones iguales á los del dormán; cuchillos de becerro negro.

Bota húngara, negra; espuela dorada, de cuello de pichón, con estrella de ocho puntas.

Chacó forrado de paño negro, no muy alto, más ancho por arriba, con imperial, visera caída, cogotera y cerquillo de baqueta negra charolada; doble cinta en la parte superior y cordones de hilo blanco con borlas; cucarda roja, pompón azul y esprit del mismo color, con el pie encarnado.

Bandolera, cinturón y tirantes de ante blanco, con hebillas doradas, y cartuchera también blanca, con una corneta dorada en la tapa.

Sable con empuñadura lisa, dorada, y vaina de cuero negra, guarnecida de metal dorado, con borla de galón blanco.

Pelo cortado con patillas unidas al bigote.

Infantería española de línea

Granadero del regimiento del Rey. — Su creación es inmemorial. Casaca, chaleco y calzón blanco; vuelta abierta con portezuela y cuatro botones, solapa, cuello y vivo morado; botón de oro; forro blanco.

Gorna de pelo con manga de paño del color de la divisa, y bordado en ella el escudo de armas reales.

Un bucle á cada lado en el pelo, y por detrás recogido en coleta, llevándolo ensebado y empolvado.

Botín de paño negro alto, hasta medio muslo.

Portamecha de metal en la fornitura de la cartuchera, y en el tahalí, que formaba cruz con aquella sobre el pecho, la bayoneta y el sable, cuya empuñadura era de metal dorado, siendo del mismo modelo los usados en todos los regimientos de esta arma.

Voluntarios de Estado. — Uniforme igual que el anterior, con la vuelta, solapa y vivo carmesí.

Sombrero con ribete negro y escarapela roja.

- Infantería ligera. Modelo 1802.—Chaqueta de paño verde con cuello alto de paño grana igual que las vueltas delanteros rectos sin solapa, ribeteados de galón amarillo que formaba siete ojales. Corbatín redondo de paño negro. Chaleco y calzón de paño blanco en invierno y de lienzo en verano, con ataderos y borlas verdes en las rodillas. Faja de lana encarnada. Llevaban la chaqueta sin abrochar.

Capacete de suela negra con visera caída, ribeteada de metal blanco y cimera de piel de oso; al lado izquierdo un pompón grana y un plumero verde, del que pendían unos cordones cortos con escusón y borlas de estambre del mismo color.

Polainas y canana de correal, media blanca, alpargata con cintas azules. Tahalí para el sable, sin cartuchera.

Pelo cortado y la patilla corrida hacia el bigote.

Voluntario de Aragón. Modelo 1800.—Casacaquilla de paño azul turquí, cerrada hasta la mitad del pecho, con cuello alto y derecho sobre corbatín redondo; calzón de igual color: chaleco, cuello, solapas, vueltas sin portezuela y barras de la casaca grana. Faja azul.

Sombrero de tres picos, sin galón ni presilla, con ribete negro, cucarda y pompón encarnado.

Botines de cuero de su color natural, lo mismo que la canana.

Gambeto azul turquí, con divisa grana.

Pelo, patillas y fornituras como el anterior.

Infantería extranjera de línea

Regimiento de Irlanda.—Casaca azul celeste, cartera recta, cuello alto y derecho con una flor de lis bordada en estambre amarillo; solapa recta abrochada de alto a bajo por dos hileras de nueve botones á cada lado; vueltas con portezuela y cuatro botones pequeños, ésta; los vivos y el forro anteados.

Chaleco y calzón de paño blanco y de igual clase, pero negros los botines, altos, con rodilleras.

Sombrero de tres picos puesto de frente; presilla de estambre amarillo sobre la escarpeta, de la que salía un plumero de lana encarnada.

Mochila de piel de cabra.

Regimientos suizos.—Llevaban el nombre de sus coroneles y á las órdenes de Reding tomaron parte muy principal en la batalla de Bailén.

Casaca azul turquí; chupa, calzón y botón blanco con el número de su antigüedad; vueltas, forro collarín y solapa encarnados.

Botines como los regimientos de línea españoles.

Caballería

Regimientos de línea. (Montesa).—Casaca corta de paño azul turquí con solapa blanca de tres puntos; alhaja por abajo; nueve botones blancos en cada lado; cuello alto sesgado de color carmesí con vivo blanco y bordado en blanco un león con las guedejas doradas; vuelta, forro y vivos de la casaca encarnados; portezuela azul con vivo blanco y tres flores de lis del mismo color.

Chaleco y pantalón azul turquí con vivo carmesí, cuchillos de piel de cabra y media bota baja de becerro negro.

Sombrero de tres picos puesto en batalla; guarnición y presilla de estambre amarillo; plumero de cerda encarnado.

Bandolera blanca con mosquetón para la carabina, formando cruz sobre el pecho con la correa del frasco cebador; hebillaje dorado. Cinturón del mismo color con tirantes largos para la espada, que era de hoja ancha, recta, de dos filos, con empuñadura de hierro, de taza y gavilanes; vaina también de hierro.

Carabina con llave cubierta á la francesa; espuela de espiga recta y estrella de ocho puntas.

Dragones de Villaviciosa.—Casaca larga, chaleco y calzón amarillo de linón; forro encarnado; vuelta con portezuela y cuatro botones; solapa, cuello y vivos verdes; en el segundo, bordados en blanco un sable recto y un laurel cruzados. Siete ojales de estambre blanco en cada lado de la solapa, con un botón en cada uno de estaño del mismo color; de los llamados de cabeza de turco; cartera á la wailona á lo largo de los faldones, con cuatro botones. Boca-botín de lienzo blanco y botín alto de paño negro.

Sombrero de tres picos con galón, escarpela y presilla.

Fornituras de ante blanco.

Espada igual que la caballería de línea, pendiente del biricu del cinturón, con vaina de cuero negro y remates de hierro.

Zapato de cordován negro y espuela de espiga recta con la estrella de cinco puntas.

Cazadores de Olivencia.—Dollman verde esmeralda, guarnecido en los cantos y costuras con galoncillo de estambre blanco; tres hileras de nueve botones de este color de cabeza de turco en los lados y centro del pecho y otras tantas trenillas blancas para abrocharlos; vuelta y cuello encarnado, con palma y sable enlazados.

Faja de estambre encarnada y verde.

Pantalón largo de paño igual al dollman con vivo grana y escusones blancos.

Casco de suela negra con visera y cogotera ribeteadas de latón amarillo, de cuyo metal era la chapa ó escudo que tenía en el centro con el número del regimiento; cimera de piel de oso y plumero de cerda encarnado.

Fornituras blancas; sable inglés, con empuñadura lisa, de vaina de hierro; carabina con llave francesa, y una pistola.

Pelo, cortado.

Húsares de María Luisa. — Dormán de color grana. Pelliza azul con piel negra y doble trencillaje blanco en ambas prendas; vuelta y cuello de las mismas con los colores cambiados, y en éste la palma y el sable bordados; botón blanco de cabeza de turco. Calzón azul celeste ajustado; con bota húngara encima. Faja de lana verde.

Gorro cónico de pelo negro, con una manga terciada por delante, de izquierda á derecha, de paño verde esmeralda, viveada de blanco y un plumero encarnado en la parte superior del lado izquierdo. En el centro del frente, un escudo de metal dorado con las armas reales.

Forrajera blanca; correa ancha, también blanca, para la cartuchera, con gancho para la carabina y hebillaje dorado. Portapliegos pendiente del costado izquierdo, la tapa forrada de grana, galoneada de blanco, y en el centro el escudo de las armas reales.

Sable con puño de metal dorado y vaina negra, con aplicaciones de ese metal.

Pelo empolvado, corto por delante, con mechones y coleta por detrás.

Artillería

Uniformes usados por los artilleros de las baterías montadas anterior á 1806.

Casaca corta y pantalón azul turquí; solapa, chaleco, vuelta y cuello, doble, encarnado. Polainas blancas; botón lleno, dorado, con corona y el lema: «Real Cuerpo de Artillería».

Sombrero de tres picos con guarnición de estambre amarillo.

Fusil con machete-bayoneta. Fornituras como la infantería.

Artillería modelo 1806

Casaca corta, chupa y pantalón largo azul turquí; solapa abierta por debajo, del mismo paño, con siete ojales de estambre amarillo, y otros tantos botones iguales á los del anterior. Vuelta, cuello, forro y vivo encarnado. Dos carteras largas en los faldones de la casaca, diez botones entre las dos y un triángulo negro en el extremo de las barras; tres botones pequeños en la portezuela de las vueltas.

Sombrero de tres picos, con cordones y presilla de estambre amarillo, escarapela y pluma encarnada.

Mochila de piel de cabra; fusil con bayoneta; machete con empuñadura de metal amarillo; cartuchera en el cinturón, y fornituras blancas.

Pelo, como los húsares.

Ingenieros

Casaca corta y pantalón azul turquí; carteras á lo largo de los faldones, con cuatro botones cada una; vuelta, forro y chaleco, encarnado; siete ojales blancos en la solapa, y tanto ésta como el collarín, morado; castillos de hilo blanco á los lados del cuello; vivo y botón blanco, con corona y el lema «Regimiento real de zapadores minadores». Dragonas de paño grana y tres alamares blancos en las bocamangas los zapadores, y sin éstos, con las dragonas moradas, los minadores.

Casco de suela negra, con cimera de piel de oso; aros y ribetes de metal blanco, y plumero encarnado.

Mochila de piel de cabra; fornituras blancas; fusil corto, con bayoneta larga, y ésta suspendida al lado de la cartuchera. El útil correspondiente y una hacheta pequeña.

Cuerpo de Hacienda militar ⁽¹⁾

Casaca y calzón de paño azul turquí, collarín, vueltas, forro de aquélla y chupa,

(1) Los uniformes de este cuerpo y los dos siguientes son de oficiales, pues en aquel tiempo carecían de tropas á sus órdenes.

grana. En el cuello, que era doble, alamares de los llamados de cangrejo. Los jefes llevaban bordado en plata el delantero y las carteras de las casacas, formando distintos grupos y dibujos, según las categorías, conociéndose ésta en los oficiales por una, dos ó tres flores de lis dobles, bordadas en la bocamanga.

Sombrero de pelo negro con presilla de plata, escarapela y dos borlas también de plata en los picos.

Media de seda blanca, ligas y hebillas del metal antes citado, siendo de lo mismo el puño y los remates del espadín. Bastón con puño de oro. Estos detalles eran los mismos para todos los cuerpos auxiliares.

Cuerpo de cuenta y razón de artillería

El mismo uniforme con iguales distintivos, pero bordados en oro.

En el cuello una granada bordada con hilo de plata. Los botones como los del cuerpo de artillería.

Sanidad militar

Los cirujanos uniforme como los anteriores, bordado en plata, con un galón de ésta en los cantos del cuello, delanteros de la chupa y de la casaca y carteras de ésta, á la vez que un bordado de plata, cuyo ribete llevaba por los lados pequeñas hojas y remates, formando ramo con lentejuela también de plata, de estos grupos llevaban uno, dos ó tres, según la categoría, en las bocamangas y carteras y los jefes además en los delanteros de las casacas y chupas.

No llevaban borlas en el sombrero.

Los auditores de guerra usaban casaca azul turquí, vueltas y cuello morado, forro encarnado y un bordado de oro en el cuello, vueltas y delanteros de la casaca. Chupa y calzón blanco ó anteado.

No se ha podido hacer ninguno de esta clase por no haber encontrado diseños de los bordados que los caracterizaban.

Agustín Van-Baumberghen.

*

Los guerrilleros

Es de inestimable valor histórico y no es caso artístico, la colección de seis retratos, bustos mitad del tamaño natural, en la que aparecen con esa mezcla de rudeza y de audacia del tiempo en tales hombres, con ese espíritu que no se puede adivinar pasadas las épocas de grandes crisis sociales, los guerrilleros de la guerra de la Independencia.

D. Julián Sánchez.

D. Francisco Abad y Moreno (Chaleco).

D. Juan Palarea (El Médico).

D. Juan Martín (El Empecinado).

D. Fermín González.

D. Manuel Hernández (El Abuelo).

Debian formar parte de la galería iconográfica nacional. No pude averiguar á quién pertenecen.

También hay dos curas guerrilleros, tamaño natural, del señor marqués de Cerralbo.

*

El Ayuntamiento de Madrid

Pocos objetos ha podido presentar en la Exposición el Ayuntamiento de Madrid referentes á la época de la guerra de la Independencia, efecto de la falta de interés con que se miraban en lo antiguo las colecciones de curiosidades arqueológicas; pero la instalación, aunque modesta, del «Museo municipal», (debida á las iniciativas del secretario actual, Sr. Ruano, favorecerá, desde luego, no sólo la conservación de los objetos existentes, sino la adquisición de otros, debiendo esperarse, por lo tanto, que algún día pueda la corporación ofrecer al público estudioso algo que se asemeje al «Musée Carnavalet», de París, donde el visitante admira las preciosas colecciones del tiempo de la Revolución.

20110

Documento podría el Ayuntamiento haber presentado muchos y buenos, porque los tiene por centenares en su bien ordenado archivo; pero se hallan formando parte de la tramitación de expedientes de los que no es permitido desgloriarlos sin cometer una profanación: en ellos está la historia completa de las ocurrencias del 2 de Mayo y de los sucesos posteriores, las disposiciones del rey José, las reformas del partido afrancesado y las represalias de los absolutistas, formando un repileto arsenal que requiere tranquilo y metódico examen. Entre lo que ha expuesto el Ayuntamiento merece citarse:

Aguafuerte del Dos de Mayo, por D. Antonio Sánchez González, testigo ocular de los sucesos de aquel día, y uno de los que tomaron parte en la defensa de Madrid en Diciembre de 1808.

Diseño del cenotafio levantado en 2 de Mayo de 1814, por el arquitecto D. Antonio Aguado.

Dos medallas, una con el doble busto de Daoiz y de Velarde, y otra dedicada á las «Víctimas del 2 de Mayo».

Llaves de la urna donde se guardan las cenizas de Daoiz, Velarde y otras víctimas en el monumento del Prado. Las llaves son tres, de plata sobredorada, encerradas en una linda caja de ébano, construida en 1856.

Estandarte del Concejo y dos banderas de la época.

Catorce chuzos formados por bayonetas adheridas á unos palos ordinarios, armas con que se defendió el pueblo de Madrid en los días 2 y 3 de Diciembre de 1808, atacado por un ejército de 60.000 hombres, á las órdenes de Napoleón el Grande, y 130 piezas de artillería.

Uno de los objetos más curiosos que exhibe el Ayuntamiento es, sin duda alguna, el alto-relieve en bronce que representa la defensa del Parque de Artillería. Por fortuna para el aficionado á curiosidades, contiene una inscripción que le sirve de auténtica, y es como sigue:

«A la inmortal memoria de los capitanes del Real Cuerpo de Artillería Daoiz y Velarde, muertos gloriosamente por la libertad de su Rey y Patria, en Madrid el día 2 de Mayo de 1808. A expensas de D. José Ibáñez, en sus fábricas de Sargadelos, que la dedica el día 2 de Mayo de 1814 á nuestro augusto soberano el Señor Fernando VII.»

El ejemplar es interesante, desde luego, por la época á que pertenece; pero aumentan su valor las circunstancias que concurren en la fábrica de donde procede: ésta se fundó, como la inscripción indica, en Sargadelos (Lugo), y habiendo comenzado por una modesta herrería, en los tiempos de Carlos III, llegó en 1791 á ser una de las principales fundiciones de hierro y otros metales de la Península, habiendo surtido de municiones á los ejércitos aliados durante la guerra de la Independencia, al punto de que sus almacenes pudieron cargar de proyectiles más de cuarenta buques en el inmediato puerto de San Ciprian.

Quizá el visitante de la Exposición conozca en porcelana ordinaria, una reproducción de este relieve que existe en el Museo Arqueológico, y procederá seguramente de la fábrica de loza que en Sargadelos también fundó el año 1804 D. Antonio Ibáñez, padre del D. José que figura en la inscripción de la plancha de bronce, y muerto á mano airada en 1808 por el populacho, que le acusaba de afrancesado.

También figura en la Exposición un precioso cuadro de Goya, á la cual pintura hemos convenido en titular «Alegoría del 2 de Mayo», y cuya historia es la siguiente:

El genial artista pintó una hermosa matrona que señala con la izquierda un medallón sostenido por unas ninfas, medallón que en un principio tuvo pintado el retrato de Fernando VII, aunque no á gusto de los ediles, pues en 1826 dieron encargo á D. Vicente López de que lo borrara, poniendo un rostro más parecido al del monarca, como lo ejecutó por la cantidad de 2.000 reales.

No paró aquí la cosa, sino que en 21 de Mayo de 1841, á moción del concejal Sr. Aróstegui, se acordó borrar el retrato de Fernando VII, pintando en su lugar el libro de la Constitución. Ignoramos si este acuerdo llegó á cumplirse, pero lo que resulta al presente es que el retrato desapareció, y que el medallón está ocupado por la memorable fecha del 2 de Mayo de 1808. El cuadro tiene, aunque disimulada, la señal de un bayonetazo que el «distinguido y valiente» oficial segundo de la secretaria D. Juan Rodríguez, le dió en un rapto de patriótico entusiasmo durante el período revolucionario de 1821 á 1823.

También figuran en la Exposición dos lienzos grandes, pintados al claro-oscuro por los hermanos Tadey, y que representan escenas del 2 de Mayo. Sirvieron, si no estamos equivocados, para completar el adorno del cenotafio que se construyó á fin de conmemorar esta fecha célebre en 1814. Los Tadey estaban en Madrid aquel glorioso día, y se batieron luego en las jornadas de Diciembre de 1808.

Esperamos con confianza en que esta Exposición servirá de honroso estímulo para proseguir la obra comenzada, y el Ayuntamiento de Madrid, celoso siempre de las glorias de la villa, procurará, aunque sea con paulatina perseverancia, el fomento del Museo Municipal.

Carlos Cambronero,
Bibliotecario de la Villa.



Los investigadores y la mano de obra

La comisión formada por los Sres. Fernández Grande y Moreno Carbonero, buscó auxilio para la fiel restauración de los trajes militares descritos arriba por el doctor D. Agustín Van Baumberghen, al que debo estas noticias y la inmensa satisfacción de dar al público cuanto á los trajes militares en la Exposición se refiere, en el negociado de vestuario del Estado Mayor Central, formado por el teniente coronel de estado mayor D. Manuel Tourné, el médico primero D. Agustín Van Baumberghen, ya citado, y el capitán de infantería D. Mariano Bastos.

Tropezaron con dificultades que parecía imposible superar, por no existir nada concreto sobre la materia, por lo que hubo que recurrir á la Biblioteca Nacional, á la de la Real Casa, al Depósito de la Guerra y biblioteca de este ministerio, Archivo de la Ordenación de pagos y Archivo general militar de Segovia, procediendo con los datos recogidos á la descripción de los trajes, teniendo á la vista un álbum inédito de la Academia de la Historia y las reales órdenes originales de los años 1805 y 1806, en que se dispusieron nuevas modificaciones, porque en los últimos años del reinado de Carlos IV y durante el de Fernando VII fueron frequentísimos los cambios de uniformes en el ejército, completándolos con los datos consignados en una Guía auténtica del año 1808 propiedad del señor Van Baumberghen, á la que acompaña un estado militar de España en dicha época. Los uniformes que se han hecho son precisamente los que se usaban al empezar la guerra de la Independencia, pues durante ésta se crearon más de cien regimientos con uniformes á cual más variados y caprichosos.

Muchas de las chapas de la banderola del guardia de Corps y la mayor parte de las armas son de aquella fecha, habiéndose hecho también un estudio muy detenido de las existentes en los Museos de Artillería, Ingenieros, Armería Real y Caballerizas Reales.

Como se perseguía un fin puramente artístico y de interés nacional, se ha consultado á personas tan competentes en estos asuntos como el marqués de Távara, conde de las Navas, director general de las reales caballerizas, secretario particular de S. M., D. Fernando Díaz de Mendoza, D. Juan Pedro Criado y otras varias que gustosamente han facilitado muchos datos que han sido tenidos en cuenta por la comisión al redactar las descripciones, procurando que éstas fueran lo más detalladas posible, para facilitar el trabajo de los artistas encargados de su ejecución y que tan admirablemente han sabido interpretar los deseos de

aquella, llevando la propiedad hasta el extremo de emplear los paños y telas para los forros de las mismas clases que entonces se usaban, confeccionando todas las prendas con tal lujo de detalles que seguramente podrían hacerse pasar como originales hechos en aquellos años.

La continua relación de los comisionados con los artifices, para evitar todo descuido en el conjunto ó en los detalles, demuestra el interés con que se ha acometido la restauración de nuestros trajes militares; y consigno minuciosamente sus circunstancias por lo que importa estimular en lo sucesivo este género de trabajos reconstitutivos de nuestra historia.

Los oficiales artifices merecen un ferviente aplauso, que no le regateará seguramente el público cuando vea en los salones de la Exposición los uniformes que han elaborado vestidos por apuestos soldados á cuya medida han sido hechos. Estos nombres son: el del sastre Alberto Ranz; el del sombrerero Justo Gómez; el del guarnicionero Urrutia; el del zapatero Sáez, y los de los peluqueros Parera y Aguilera. A todo ha dado unidad la inteligentísima diligencia del Sr. Van Baumberghen.



Infantería de Jaén

A ambos lados de la entrada del salón fronterero á la meseta de escalera del piso principal, donde se halla al de la instalación del Museo de Artillería, hay dos maniqués vestidos con el uniforme del regimiento de infantería de Jaén, formado y levantado á costa del Excmo. señor duque de Medinaceli y Santisteban el año 1793, para servir en la guerra contra Francia. Estaba compuesto de 2.000 hombres. Al lado derecho figura un dibujo de aquella fecha, en el que aparece formado el regimiento, y se dice al pie, después de consignar las anteriores noticias: «Para memoria, le dedica este plan su más humilde criado, Vicente Rocaful».

El carácter arqueológico de este concurso, que impone el estudio circunstanciado de sus secciones, me inspiró la idea de acudir para servicio del público en demanda de conocimientos y de autoridad á los especialistas de las respectivas materias. Todos han venido á este otro concurso de vulgarización, del que tantas ventajas ha de obtener la cultura. Como se ve, en estas planas refléjase con la exactitud de documento testimonial el centenario del Dos de Mayo.

Aún faltan algunas firmas, que espero, sobre todo la del Sr. Pérez Villaamil, académico de la Historia, afortunado investigador de la de nuestra fábrica del Retiro, y al que tan abundante materia de estudio ofrece esta Exposición.

Quedan para otra ocasión un trabajo sobre los objetos expuestos por la Real Casa del conservador de la Real Armería, D. José María Florit, y el estudio detallado de las instalaciones, en muchas de las cuales ha hecho nuestra aristocracia verdadero alarde de sus preseas históricas, que son maravillas de nuestras artes, cuyos méritos debemos divulgar porque constituyen perenne dechado de buen gusto y de pericia en toda clase de oficios y artes manuales.

Francisco Alcántara.

(El Imparcial 16 mayo 1908.)

(8.11.1900 al 1.º de mayo 13)

EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO

Armas de fuego y blancas

A la entrada, en el vestíbulo del Palacio de Museos y Bibliotecas, una gran pieza de artillería demuestra la perfección con que se forjaban en Madrid, el año de 1773, cañones de todos calibres, pues en la escalera y antesala de la Exposición hay otros más pequeños, de la misma procedencia.

Y es que en la corte vienen teniendo de antiguo gran desarrollo, y en algunas ocasiones han alcanzado la perfección, diferentes industrias artísticas y científicas.

De la que practicaban los famosos arcabuceros españoles, conocidos desde el siglo XVI en toda Europa, hay también en este concurso alguna, aunque escasa, muestra.

Más de 70 nombres de los maestros que trabajaron en Madrid, son conocidos y estimados por su relevante mérito, siendo de notar que las armas apreciadas en su origen por la precisión con que estaban construidas, lo son hoy por la belleza de la forma, y en este concepto ocupan lugar preferente en los Museos públicos y en las colecciones particulares.

Todos los reyes les confiaban frecuentes encargos, y particularmente Carlos III y Carlos IV, sin duda por lo que de artista tenía el primero y de cazador el segundo.

La que llama más la atención de los curiosos, no porque sea la mejor de las armas presentadas, sino por la singularidad de su inscripción, es la escopeta de caza de la reina María Luisa, esposa de Carlos IV, con oído, parte interior de la cazoleta y adornos de oro, y en cuyo cañón pavonado se lee:

«Que en vna real mano se vea
Reina doña Luisa de Borbón
Desea Zarambona este bastón.»

Y esta palabra última es la que sorprende á cuantos ligeramente examinan la escopeta, pues en realidad no parece tener nada de bastón.

La explicación es sencilla. En la garganta de la caja, bajo una abrazadera de plata que tiene grabadas letras que dicen D.^a L.^a B.^a, se oculta un mecanismo compuesto de un pernio giratorio, que permite separar la culata, dejando convertido el resto del arma en un sencillo bastón.

A la casa real pertenece un buen par de pistolas, con los cañones pavonados y nielados de oro, construidas por el maestro Juan Bustindui. En las llaves de chispa se lee: «Mendizábal, en Plasencia», y en las cajas: «Regaladas á Don Fernando VII por la provincia de Guipúz.^a».

El amplio criterio con que se ha organizado esta Exposición, permite que puedan ser examinadas tres clases de espadas, que representan épocas muy distintas en la historia de las armas, y todas, por diferente concepto, interesantes, á saber: espadas españolas, espadines y espadas de la época de la Independencia.

La que fué de Pizarro recuerda aquellas fuertes hojas del siglo XVI, que en manos de españoles lograron innumerables victorias en Flandes, en Italia y en América, selladas con la sangre generosa de nuestros soldados.

Es bien seguro que al ver la guarnición de gavilanes curvos, con puente, patillas y pomo, todo nielado de oro, muchos preguntarán la razón de figurar en la Exposición del centenario una espada característica del siglo XVI, y sin embargo, su presentación está perfectamente justificada.

Pertenecía esta espada al marqués de la Conquista, que la guardaba en Trujillo, con otras memorias de su famoso ascendiente Francisco de Pizarro, y habiendo llegado á Badajoz el caballero escocés D. Juan Downie, valiente adalid de la causa de España, el marqués, temiendo que los franceses ocupasen toda la Extremadura y pudiesen apoderarse de esta arma histórica, se la entregó á Downie, quien levantando la legión que se denominó de Extremadura, hizo vestir á los tres mil hombres que la componían trajes á la antigua española, y emprendió la campaña, para aumentar, como se proponía, los nobles timbres de aquella espada, recibida en sagrado depósito, lo cual realizó bien pronto en las acciones de Arroyo Molinos, Arroyo del Puerco, Espartinas, Niebla, Vera, Sara y Sevilla.

Nunca abandonó Downie el arma gloriosa, y con ella se ve representado en diversos retratos de su tiempo, con jubón, mangas acuchilladas, lechuguilla, faja de general y capa terciada. D. Cristóbal Peña le dedicó una oda y una canción, ensalteciedo en la primera el valor del caudillo cuando al entrar en Sevilla al frente de la vanguardia, pues siempre ocupaba el puesto más peligroso, viéndose rodeado de franceses, tuvo serenidad bastante para arrojarse la espada á sus soldados en el momento de caer herido, librándola así de sus enemigos.

Sus proezas fueron tantas, su valentía tan probada, que mereció de su entusiasta amigo el duque de Rivas, de imperecedera memoria, el siguiente

SONETO

¡Oh! de Fingal héroe descendiente
Que de las selvas de la Escocia fué,
Volaste á defender la patria mia
Con duro brazo y corazón ardiente.
Tú que del manso Betis la corriente
Con tu sangre teñiste el claro día
Que Hispalis admiró tu valentía
Con que libraste á su oprimida gente.
Tu merecida gloria eterna sea;
Por donde quier que esgrimas el acero,
Victoria grata tus esfuerzos vea;
Y sigue siempre al estandarte ibero,
Pues España se jacta y se recrea
De contar en sus huestes tal guerrero.

Preciosos son los espadines presentados, sobresaliendo algunos de plata del marqués de Cerralbo; uno muy delicado de la señorita de Conde y Luque; el de acero abrigantado del príncipe de la Paz, que pertenece al marqués de Santillana; algunos de D. José María Florit, ilustrado conservador de la Real Armería, y sobre todo el del marqués de Argüeso, que fué de José Bonaparte, con empuñadura de lapiz-lázuli y oro, que es una alhaja de verdadero mérito.

El uso de esta forma de espadas comenzó en España al advenimiento de la casa de Borbón, y por cierto que no fué aceptada sin protesta de parte de algunos escritores, que las denominaban «escarbadientes».

«Hoy ya—decía el P. M. Fr. Joseph Estevan de Norega (1731).—estas armas tan seguras y tan temidas, las vemos con dolor, y no sin empacho, retiradas, abandonadas y mohosas, substituyendo, por adorno, al valor español la diminutiva vistosa gala de un delicado espadín».

Sombrero fino, y la capa
con tanto terciopeltazo,
espadín preso al ojal
cual venera ó relicario,

añadía Iriarte, y sin embargo, el espadín, ligero, gracioso, brillante, es el arma propia de aquellos años del siglo XVIII, época de la afectada elegancia, de los polvos y los lunares. Los hombres mismos procuraban atenuar lo que su fisonomía pudiera tener de rudo y varonil. Suprimían el bigote y la barba; usaban las pelucas y los polvos; se vestían de sedos finísimas, ricos terciopelos, bordados y cintas, y aceptadas modas semejantes, las severas espadas de taza hubieran sido una nota discordante, que era preciso abandonar. Así se hizo, aun cuando de aquí provino en principal parte la ruina de los maestros espaderos, pues llegaban de Francia espadines con tal profusión y variedad, que se vendían en las tiendas de géneros.

En estos escarbadijentes vinieron á parar aquellas famosas espadas toledanas, de universal renombre, imitadas en Solingen y otros lugares, aquellas valencianas tan potentes como la de Alonso de Ojeda, que manejaba una de tres dedos de anchura y catorce libras de peso, con la cual, á creer á Pérez de Hita, hendía á los moros por mitad, desde la cabeza hasta la cintura.

Las espadas de la guerra de la Independencia afectan formas muy variadas, desde las rectas y sencillas de la caballería hasta las corvas de los mamelucos y otras tropas regulares.

De todas ellas hay abundante muestra en la Exposición y son notables algunas que han pertenecido á generales franceses, que armaban bien con sus ostentosos y recargados uniformes.

Al ministerio de Marina pertenece una colección de sables y espadas, que fueron de los generales Blake, Vives, Castaños, Villacampa, Paris, Ferráz, Wellington, Lazan, Porlier, Palafox, Cartagena, Almodóvar, Losada, Longa, Quadros, Miranda, Pallarea, Bresson, Copons y Alvarez de Castro, el immortal defensor de Gerona.

Del mismo ministerio son dos sables de Napoleón I, regalados por el emperador á los generales de la armada D. Francisco Uriarte y D. Juan Martínez Espinosa.

Los chuzos que el Ayuntamiento de Madrid presenta, como otras muchas armas improvisadas que en los salones y escalera del palacio de Recoletos forman pabellones, tienen gran valor histórico, porque acreditan cumplidamente que en los hombres de corazón bien templado el santo amor de la patria despierta tal ardimiento, que no necesitan para combatir sin tregua, armas perfeccionadas, bastando solo un hierro cualquiera malamente sujeto á un palo. Con ellas lucharon nuestros pasados y vencieron á las aguerridas huestes invasoras, á pesar de hallarse ensorbecidas por sus repetidos triunfos y organizadas por el portentoso genio militar de Napoleón I.

El barón de la Vega.

(El Imparcial 30 Mayo 1908)

LA REAL CASA

Entre las mil curiosidades que los aficionados podrán saborear en el interesante certamen que conmemora la gloriosa epopeya de nuestra independencia, creemos que no pasarán desapercibidos algunos objetos que relacionados con ésta exhibe S. M. Entre los procedentes de la Real Armería ocupa el primer rango la espada que tres siglos antes sirviera en manos de Francisco Pizarro para allegar nuevos dominios á España y que luego para defender la independencia de ésta fuese á poder de otro caudillo, rodeada de circunstancias tan novelescas, por decirlo así, que avalloran doblemente su interés histórico. Aun para quien ignore la ilustre alcurnia de este arma siéntese cautivado á su vista: tal es la elegancia de sus líneas generales, el buen gusto de su damasquinada, guarnición y la finura y temple de su hoja, que hace honor al espadero Mateo Duarte, el valenciano. Poseyóla á principios del siglo XIX los marqueses de la Conquista, descendientes del extremeño conquistador del Perú, guardada como histórica reliquia vinculada en la familia. Al estallar la guerra contra el francés invasor, entre los infinitos caudillos que para dar al traste con los sueños del amo de Europa surgieron de todos los rincones de la Península, hubo un caballero escocés llamado D. Juan Downie, que autorizado por la Junta Central se presentó en 1809 en Badajoz para levantar á sus expensas y bajo su mando un cuerpo de caballería bajo la denominación de «Leales extremeños». Su iniciativa tuvo éxito y el jefe tuvo el capricho de que vistieran su regimiento á la usanza del siglo XVII.

D. Jacinto de Orellana y Pizarro, marqués de la Conquista, entusiasmado con la caballerescas ideas del escocés, prestó á éste la histórica espada de su antepasado, para ver si ella proporcionaba á España nuevos laureles, y, en efecto, según el conde de Toreno, «El 27 de Agosto de 1812 la ciudad de Sevilla estaba ocupada por la retaguardia de Soult, que iba en retirada. Los franceses se vieron obligados á replegarse junto á Triana, pero acosados por Skerret y el escocés D. Juan Downie, que acaudillaba una legión levantada por él apellidada de «leales extremeños» y vestida á la antigua usanza, se metieron en aquel barrio, siguiéndoles los aliados hasta la cabeza del puente, en donde se trabó vivísima pelea. Downie combatió heroicamente con los suyos. Herido por dos veces, quiso, sin embargo, saltar á caballo un foso, pero fué herido de nuevo y hecho prisionero; teniendo la serenidad y amor de español de arrojar antes la espada que llevaba, que era la misma que empuñó el célebre Pizarro, y que le cedió en Trujillo su descendiente la marquesa de la Conquista, en premio del eminente servicio que iba á hacer á España con sus Ministreses y con su sangre.»

Downie siguió luego la campaña; ascendió á mariscal de campo, y acabada la guerra obtuvo del rey el cargo de alcaide del Alcazar de Sevilla, en el que murió en 1826, conservando siempre en su poder la espada famosa; pero resultando á su fallecimiento alcanzado por regular cantidad en su gestión administrativa, y careciendo de otros bienes, el rey se incautó de la espada como prenda y la depositó en la Armería Real, donde se halla con la vaina de acero que para llevarla á caballo le hizo poner el valiente escocés.

Tal es la interesante historia de la espada de Pizarro.

Cuando en 1862 los reyes doña Isabel y Don Francisco realizaron su viaje por las provincias de Andalucía, á su paso por Bailén les fué presentada una jarrita de plata repujada y dorada, y dentro de ella una bala de metralla que tiene también su interesante historia. Para calmar la sed que sufría el general Reedding en la memorable batalla en que las águilas napoleónicas sintieron el rudo zarpazo del león hispano, acercósele una mujer llamada Luisa Bellido, con un cantarillo lleno de agua. Púsose á beber el general, y en aquel mismo momento el proyectil que aquí se exhibe vino á hacer añicos el cacharro. La mujer, digna compatriota de Agustina la artillera, de Clara del Rey, de Manuela Malasaña y de tantas otras mil heroínas que entonces brotaban por doquiera, sin preocuparse de que otra bala pudiera hacer más sensible blanco, recogió un pedazo del cántaro que aún conservaba algo de líquido, ofreció éste al general y guardó la bala para recuerdo.

Al entrar en el vestíbulo del Museo Arqueológico, lo primero con que tropieza el visitante es con una enorme pieza de artillería, que parece amenazar con su boca de gran calibre, pero no hay que temer; es inocente, y sobre su «ánima» no pesa el remordimiento de haber causado víctimas, ni es probable que las cause ya, á no ser con su peso de más de tres mil kilogramos. Pero si no ciñe guerreros laureles, es en cambio una muestra del grado de perfección á que llegaron las artes madrileñas y de que aquellos chisperos eran capaces igualmente de forjar un cañón como este, que de dispararlo contra el enemigo. Decimos esto, porque el autor del cañón, Alfonso Gómez de Ortega, habitante, según la tradición, en la calle de Cuchilleros, era un cerrajero, y asombra la suma de trabajo que supone el forjar tal pieza con los escasos elementos de que podía disponer. Obra suya son otros tres cañoncitos, que si no tienen la importancia técnica de este grande, la tienen artística é histórica, pues dos de la misma serie existen en el Museo de Artillería de París, cogidos al pueblo madrileño en las jornadas de Mayo, que los había sacado de la Armería, donde estaban desde 1773, fecha de su construcción por el hábil cerrajero.

Si hubiéramos de reseñar al detalle todo lo que de interés histórico se encierra en la instalación regia, habríamos de ocupar el espacio destinado á describir por quien sabe hacerlo mejor, lo mucho importante de esta Exposición, en la que la Real Casa exhibe objetos, si no en gran número, de valor histórico casi todos.

Ciertamente que si S. M. hubiera querido presentarse con objetos artísticos de la época que se trata de conmemorar, hubiera necesitado para ello todo el local de la Exposición. Por esta causa, no se ha reunido aquí más que aquello relacionado más ó menos directamente con la guerra de la Independencia y algunos ejemplares de las industrias madrileñas de entonces, como porcelanas y marfiles del Retiro y tapices de Santa Bárbara, que nos presentan en animados cuadros la vida de los que hace un siglo defendieron la independencia de la patria.

José María Florit.

Conservador de la Real Armería.

Mayo de 1908.

El Imparcial 30 Mayo 1908.

1871 quinquaginta y dos años

Los tapices madrileños

Siempre que precisa en Madrid alguna espléndida decoración de amplio local, apélase para su mayor suntuosidad á la exhibición de los hermosos tapices que guarda la real casa, cuyas colecciones gozan de una fama cada vez más creciente, á medida que se va reconociendo su incalculable número y variadísimo valor artístico.

En la actual Exposición conmemorativa de la guerra de la Independencia que se celebra en el Museo Arqueológico, han servido, como en tantas otras ocasiones, para el fondo insustituible de las instalaciones, varias series de tapices relacionados con la fecha que se conmemora, y aunque algunos rebasen un tanto los días de aquella épica lucha, bien venidos sean, porque admirarlos siempre es gratísimo, y la belleza de algunos es digna de ser ofrecida en todo tiempo.

Pero hay que reconocer que tales bellezas no hubieran podido realizarse á no concurrir de consuno la inspiración de los artistas, que daban los modelos para aquellas composiciones, con el progreso técnico de su fabricación, poseedora de todos los recursos necesarios para la total interpretación de aquellos modelos.

Influye de tal modo la inspiración de los artistas que por sí constituyen casos perfectamente definidos, estimulando por su parte los mejores á la más delicada y perfecta ejecución industrial que requieren tales modelos.

El tapiz más antiguo que figura en la Exposición del centenario de la Independencia es uno hermosísimo de la serie llamada de «José, David &c», en número de 14 enormes paños dibujados y coloridos todos por aquel célebre pintor decorador Conrado Giaquinto, que tan hermosos frescos dejó en el Palacio Real, para cuya decoración fué llamado. Los cartones para los tapices de Giaquinto no son, sin embargo, muy originales: muchos de ellos están copiados de Lucas Joudán, más ó menos libremente ejecutados, pero más delicadamente coloridos. Las medias tintas son tan dulces y armoniosas en ellos que no es posible matizar más delicadamente obra tejida. Pero lo que constituye la especialidad de los cartones de Conrado son unas maravillosas orlas, de un gusto decorativo insuperable, por la riqueza de sus elementos y gracia de sus juegos de tintas. Basta observar el zócalo del tapiz de «Absalón» que figura en el gran muro de la sala de la Marina, para quedar convencido que no cabe en su género mayor belleza. Ni Gobelinos, ni Bruselas hicieron nunca más, como ejecución ni como invención. Todas las demás orlas de esta serie son variadas, pero

nada ceden las unas de las otras en belleza y hermosura. Giaquinto interpretó admirablemente lo requerido por el arte de la tapicería para su mayor lucimiento, y esta rara conjunción no acreció después tan fácilmente, decayendo á la par los modelos y la interpretación de los tapices posteriormente á la marcha del maestro á su país natal.

Privada la fábrica de tan valioso inspirador, desde 1761, en que marchó Giaquinto despedido por la llegada de Mengs, tuvo que pedir sus modelos á otros pintores; y aunque no hay noticia de que el propio Mengs compusiera cartones, su intervención soberana en todo lo que eran asuntos artísticos de la Real Casa, le hizo tener una intervención directa en la provisión de los modelos para los tapices que se ejecutaban en la fábrica.

No fué esta gestión muy afortunada. Habiendo encomendado la especialidad de los cartones á D. José del Castillo, la producción de este mediano pintor fué más abundante que selecta. Según Clean, pintó más de cien cartones, y quizás correspondan á él la serie que se ve en la sección de Artillería con asuntos del «Quijote», con todos los defectos de poca armoniosa composición y falta de gracia en las figuras y el colorido que constantemente privaban en las de la serie en cuestión. Además, los asuntos quijotiles debían serle familiares, pues á él se deben las estampas del Ingenioso Hidalgo para una de las ediciones de la Academia. Castillo murió en el año de 1793.

Por esta fecha aparecen pintando lienzos para los tapices Andrés de Aguirre y Antonio González, con asuntos de costumbres, inspirados muchos en escenas de David Teniers; pero de éstos no figuran en el decorado de la Ex-

posición. En cambio aparecen varios de una serie llamada de la «Historia de Ciro», muestra de una interpretación «sui generis» de otras del siglo XVI, hechas en la fábrica en el XVIII, valiéndose de ciertas grandes acuarellas copiadas de los antiguos.

Por recomendación de Bayeu admitió Mengs al joven Franco de Goya en 1776, para que ejecutara una serie de lienzos ó cartones de escenas populares para el comedor del príncipe de Asturias (después Carlos IV), siendo el de la «Merienda á orillas del Manzanares» el primero que presentó, con nueve más que forman la primera tanda de sus cartones. De éstos se ha presentado el de «La cometa», tejido en 1779 y repetido en 1795, y los «Jugadores de naipes», cuyo primer tapiz se tejió en 1780, haciéndose después tres copias, una en bajo lienzo por el maestro Avecilla. También corresponde á esta serie el de «La maja y los embozados».

Los cartones de Goya no fueron, sin embargo, de los más preferidos por los maestros de la fábrica; sus tonalidades demasiado fuertes y sus valentías de expresión los hacían de difícilísima textura; una vez hechos, producían un efecto muy alegre y picante, pero se separaban muy mucho de los más apropiados á las condiciones del procedimiento.

Sin embargo de esto, Francisco Bayen y Maella, que habían quedado con la alta inspección artística de la fábrica á la marcha de Mengs, propusieron que los maestros para los modelos de los tapices fueran Goya y Ramón Bayeu, siendo aceptadas y firmadas ambas propuestas por el rey en 28 de Junio de 1786.

Nueva serie de tapices por cartones de Goya produjo la fábrica, en número de 15 paños, alternando Bayeu con otros más discretos, de menos carácter español sin duda, como se ve en el renombrado de «El choricero» (sala de la casa real), y el de la cocina, en la misma sala, y algunos otros de los pequeños. De la segunda serie de los de Goya han exhibido el de «La gullina ciega», «La vendimia», «La florera», y la sobrepuerta de «Los niños jugando á los soldados».

Las relaciones de Goya con los directores técnicos de la fábrica eran cada vez más tirantes. Los Stuy, herederos de los primitivos Vanderghst, notaban la casi imposibilidad de realizar los pensamientos del fogoso pintor, por lo que llegó un día en que Goya se negó en absoluto á proporcionar más cartones, en 1791, quedando la fábrica sin maestros que los proporcionaran, pues imposibilitado Ramón Bayeu, se le eximió de la obligación de presentar proyectos.

Remedio á todo esto trató de ponerse con el nombramiento de D. Zacarías González Velázquez, que en 1793 fué nombrado pintor de la fábrica, permaneciendo en este cargo durante muchos años, hasta el de 1834, en que falleció.

Por su carácter de imitador y continuador de todos los modelos que había interpretado la fábrica, quizá podamos atribuir á D. Zacarías el extenso tapiz de los «niños jugando al toro», por lo que bien pudiera ser el único de los expuestos que de algún modo correspondiera á los días en que sobrevino la guerra de la Independencia, tan funesta para la fábrica de Santa Bárbara.

Da horror el pensar lo ocurrido allí durante la invasión francesa. Instalado en ella un cuartel de caballería, convirtiéronse los telares en pesebrés, alojando los tapices y sirviéndose en ellos el pienso á los caballos imperiales. Los atropellos siguieron, aun ya posesionado del trono José Bonaparte, siendo tales abusos objeto de una enérgica protesta por parte de D. Livinio Stuy, jefe entonces de la fábrica, publicada no hace mucho tiempo en revista que sentimos no recordar por el momento.

Las consecuencias de tantos desastres llevaron á la fábrica á un estado de postración que rayaba con su muerte. Apenas en tiempos de Fernando VI y de la Regencia se volvieron á hacer tapices; pero, sea dicho en honor de la verdadera dinastía de los Sres. Stuy, siempre existieron algunos obreros dedicados á esta labor, aunque en reducidísimo número, y sin esperanzas de colocar sus trabajos, para que no cayera por completo en el olvido tan artístico trabajo.

Las vicisitudes de la fábrica durante el siglo XIX corresponden á otro capítulo de la historia del establecimiento, aun no hecha por cierto; pero sólo debemos congratularnos, al ver las muestras de su pasado, de que gracias á heroicos esfuerzos se ha salvado esta bella industria entre nosotros, no siguiendo igual suerte que la de la cerámica del Retiro y otras como las de los bronce y piedras finas, rendidas, para no levantarse más, al empuje del fragor de aquellas luchas.

N. SENTENACH.

El Imparcial 31 Mayo 1908.

El Senado

Es la instalación del Senado en la Exposición histórica del centenario de la Independencia de 1808, una de las más notables, por la importancia de los documentos y objetos que presenta en relación directa con la gloriosa epopeya cuya conmemoración se ha realizado en este certamen. Débese tan favorable éxito á la inteligencia, á la laboriosidad, á la constancia y al amor patrio del general don José Gómez de Arteche, cuya rica y valiosa colección de libros, folletos, planos y manuscritos referentes á la guerra de la Independencia adquirió hace poco tiempo el Senado, y que hoy en pequeña parte se exhibe al público para que pueda venir en conocimiento de la importancia que encierra para el estudio de aquellos sucesos memorables el arsenal de datos y noticias que logró reunir aquel ilustrado militar.

A fin de verificar la selección y presentar en corto número muestras interesantes de lo que constituye el precioso tesoro bibliográfico del difunto general Arteche, designó el Senado á los señores conde de Bernar, D. Angel Avilés y conde de Vilches, que han realizado su cometido con la ilustración y el acierto que era de esperar, dada su reconocida competencia.

Tan interesante es la instalación del Senado, que para dar idea completa de su importancia seria preciso copiar el enunciado de los 66 números de que consta el catálogo especial que ha formado, pero ante la imposibilidad de dar á esta reseña mayores proporciones de las debidas, haremos mención de lo que resulta más de relieve y pueda ofrecer más atractivo al llamar más la atención del curioso visitante de la Exposición.

Carta de Palafox á un pariente suyo:

«Mi qdo. pmo. ahy te embio veinte mil rs. vn. q.º un digno patrio me ha dado p.º alivio y socorro de las necesidades, igualm. te un criado mio te lleva mis cubiertos de Plata y mis dos relojes unico valor que tengo, excepto un sable de Plata q.º p.º ser arma no te la embio, vamos bien y si quieren los Payanos torrero es hoy nuestro adios, Viva la Virgen del Pilar=tu pmo Pepe=á Con.º un abrazo y tu procura sudar.

Carta de Castaños al duque de Montemar:
«Excmo. Sr. = Mi estimado amigo: Son bien singulares las circunstancias que hacen principiar nuestra correspondencia y la amistad que á vm he profesado desde que tube ocasión de conocer las recomendables circunstancias que le adornan. Por el Intendente quedo enterado de las desgracias que ha experimentado esa Ciudad y de las causas que impidieron sacar de esos naturales todo el partido que podía esperarse, no tratemos de lo pasado, y tratemos solo de buscar el remedio para lo sucesivo y á fin de que hallen apoyo las providencias enérgicas y patrióticas de esa superior Junta acabo de providenciar vaya el Regto. Provncl. de su nombre que está bien disciplinado y tiene excelentes Gefes, mañana me traslado á Porecuna, nos disponemos para atacar al Enemigo, confio que esa Ciudad quedará asegurada, y que hallaremos en esos Naturales todos los auxilios que necesitemos y puedan proporcionarnos, cuento con vm que en todas ocasiones deberá disponer de la amistad y buenos deseos de su afmo. servidor y amigos. = Castaños. = Bujalance 8 de Julio de 808 = La salida de Cordova y los muchos asuntos que me abrumaban no me permitieron contestar á la 1.ª carta de vm, ni á la de la Junta. = Excmo. Sr. Duque de Montemar».

Contestación dada por el general Alvarez de Castro á la intimación hecha por los sitiadores:

«Excmo. Sr.: Nada tengo que tratar con V. E.; conosco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo sepa V. E. que no admitiré ni tendré consideración á parlamentario ni trompeta alguno. — Esto lo digo á V. E. en contestación á su papel de oy. — Dios Gde. á V. E. muchos años. — Gerona 2 de Julio de 1809. — Mariano Alvarez. — Exmo. Sor. General Comandante de Ingenieros del Exto. Francés.»

Carta autógrafa del ministro inglés Jorge Canmny al conde de Floridablanca, de la cual se inserta en el Catálogo una fiel y acertada versión hecha por el brillante oficial de caballería D. José Maria de Azcárraga, hijo del ilustre presidente del Senado.

Oficio de D. Miguel José de Asanza.

Circular impresa firmada por Murat.

Plan de operaciones acordado en junta de generallas, presididos por Castaños.

Carta del marqués de la Romana.

Título de hermano de la cofradía de Nuestra Señora del Carmen á favor de D. Mariano Alvarez de Castro.

Real despacho de brigadier á favor de Alvarez de Castro.

Oficios de Blake, duque de Alburquerque, Pontier, Wellington, Martin de la Carrera, duque del Infantado y Longa.

Cartas de Contreras, Alava y Julián Sánchez, Ayuntamiento de Madrid

Pasaportes expedidos por el duque del Infantado y D. Juan Martín Díez El Empecinado.

Notas originales de Jovellanos relatándonos la noticia de la muerte de Carlos III y cómo empezó á reinar Carlos IV; y otra acerca de Campomanes y Cabarrús.

Planos originales del ilustradísimo jefe que fué del ejército español D. Francisco Xavier Cabannes, entre los cuales merecen especial atención un croquis de la batalla de Bailén y dos de los sitios de Zaragoza y Gerona.

Dos dibujos originales del pintor Galbez y grabado por Brambilla para la colección «Las ruinas de Zaragoza».

Algunas estampas ya rarísimas, y entre ellas el retrato de D. Felipe San Clemente, ejemplar acaso único.

Y por último, «los hombres de la corte de Carlos IV», retratados en siluetas dibujadas en la época, es una colección de mérito histórico indiscutible. Representan: el rey Carlos IV; el infante D. Antonio Pascual; el cardenal Borbón, arzobispo de Toledo; el Nuncio apostólico D. Pedro Gravina; el patriarca é inquisidor general; el confesor del rey, abad de San Ildefonso; el duque de Sedeví; el duque de la Roca; el ministro de Marina D. Francisco Gil; el marqués de Astorga; el marqués de Sotomayor; el duque de Rivas; D. Francisco Palafox; el marqués de Monsalut; el marqués de Brancforte; el marqués de Feria; el marqués de Palao; el conde de Camillas; el conde de Salvatierra; el duque de San Carlos; el marqués de Monte-Aperto; el conde del Guadiana; el conde de Ega.

La instalación del Senado es una nota que caracteriza la Exposición histórica, y su bien redactado catálogo tendrá, al correr de los años, un valor inapreciable para los amantes de curiosidades.

JULIÁN GUDÍN.

Oficial de la Biblioteca del Senado.

(El Imparcial. 31 Mayo 1908)

El Museo de Artillería

Desde la meseta de escalera se ve la puerta del salón en que el Museo de Artillería ha instalado los objetos que expone. Son generalmente conocidos, por lo que sólo enumeraremos los más importantes.

Daoiz y Velarde

Desde el trágico momento en que tan generosamente dieron su vida, fué perfectamente estimada la altísima calidad de su sacrificio, que como una luz purísima, cada día más refulgente, lleva á las almas la engrandecedora fortaleza con que magnifican á las naciones sus verdaderos mártires, los desinteresados, los puros, que mueren para que vivan los suyos y perdure su casta sobre la tierra.

Las urnas en que estuvieron los restos de ambos mártires desde 1814 hasta 1841, las más pequeñas en que se conservaron sus mortajas, otras que contuvieron las llaves de las anteriores, reliquias sagradas en cuya presencia se siente el alma invadida del mismo rugiente amor que les llevó á la muerte, demuestran la espontaneidad del culto á esos nombres: Daoiz, Velarde, y á sus almas inmortales. Ante tales reliquias se abisma el pensamiento, porque esta vida que tan miedosamente solemos defender de ordinario, parece que no deba tener empleo más digno ni otro objeto que el ofrecerla en las grandes crisis generosamente, como Daoiz y Velarde y tantos otros defensores de nuestra independencia. Las naciones se hacen de ese modo en las épocas críticas, así como en las normales, trabajando ordenada, armónicamente.

Yo habría dedicado un salón á estas reliquias, pues cuando se medita un momento ante ellas, todo lo demás es cosa de ceremonias de teatro y casi de farsa, á la vera de ese grandioso misterio de la muerte sembradora, vivero de vidas, que esto es la muerte de los mártires.

Vitrina central

La del Museo de Artillería está formada por dos grandes armarios con dobles vidrieras, que se cortan perpendicularmente. En ella se guardan: un bastón de Pallafox; sable del duque de Wellington; espada que usó Pallafox durante el sitio de Zaragoza; sable que usó durante la guerra de la Independencia el capitán de artillería D. Ildefonso Díaz de Rivera y Muro. Bastón del marqués de la Romana. Sable curvo de un oficial de la guardia de Napoleón, recogido en los campos de Baillén. Sable que usó durante la guerra de la Independencia el capitán general D. Joaquín Blake, vencedor de Alcañiz. Espada de Castaños y bastón que le regaló Fernando VII. Sable del general francés París, muerto en 1809 por el cabo Vicente Manzano en la acción de Ontígola, regalado al Museo de Artillería en 1853 por el duque de Ahumada, que lo recibió del citado cabo. Espada de D. Mariano Álvarez de Castro, defensor de Gerona, y otras muchas armas blancas.

En otra vitrina vertical hay una numerosa colección de condecoraciones. Cañones de pequeño calibre, trofeos de fusiles y cañones y las banderas de la guerra de la Independencia completan el salón. En los armarios laterales, estampas de la Biblioteca Nacional y del Ayuntamiento alusivas á la época, y relativamente conocidas. Entre los de la primera figura una especie de rasguño ó boceto á grandes trazos de pluma del cuadro del hambre, de Aparicio, con ligeros colores á la acuarela.

Pertenece al Museo de Artillería una vitrina en que se guarda parte del uniforme de Vellarde, por cierto de un corte y confección insuperables.

Ibáñez Marín

En una vitrina Imperio expone el teniente coronel de infantería D. José Ibáñez Marín proyectiles, bayonetas, cañones de fusil y variedad de armas, ó restos de ellas, encontrados en los campos de batalla y en excursiones realizadas con objeto de estudiarlos para confrontar datos y reconocer la topografía peninsular.

Los hay de los campos de Somosierra, batalla librada el 30 de Noviembre de 1808. De los campos de Tudela, batalla librada el 23 de Noviembre de 1808. De la batalla de Coruña, 16 Enero 1809. De los dos sitios de Zaragoza. De Medellín, sangrienta batalla librada el 28 de Mayo de 1809. De la batalla de Talavera, 28 Julio 1809. De la batalla de Tamales. Del sitio glorioso de Gerona. De la jornada de Bailén, 19 de Julio de 1808. De los sitios de Ciudad-Rodrigo. De los de Astorga. De la batalla de Ucles, 13 de Enero de 1809. De la batalla de Albuera, 16 de Mayo de 1811. De la batalla de Fuentes de Oñoro, 6 Mayo 1811. De la de Ocaña, 19 Noviembre 1809. De la de Chiclana, 5 Mayo 1811. De los sitios de Badajoz. Del campo de Arapiles, batalla dada el 12 de Julio de 1812. De la batalla de Vitoria, 21 Junio 1813. De la de San Marcial, 31 Agosto 1813, y de otros muchos lugares en que se libró la tenaz contienda hasta la evacuación del territorio nacional por los franceses.

También se presenta en esta vitrina una colección de documentos que puede dividirse en dos secciones. La perteneciente á generales extranjeros, en la que descuellan cartas interesantísimas de lord Wellington, del mariscal Soult, duque de Dalmacia; del conde Sebastiani y de los generales Mancune y Drenou.

En esta sección se presenta también un papel curiosísimo de los alemanes, ingleses é italianos que constituyeron la legión extranjera organizada en Cádiz, y de la cual formaron parte militares tan insignes como Grollenan, Dolma y Doyle.

La otra sección de documentos es la más completa quizás, perteneciente á militares afrancesados, viéndose en ella papeles de generales y jefes tan prestigiosos como Morla, Martí, Dátoli, Casa-Palacio, Roncaño de Cancio, Vengoa, Nueva y Tapia, Areco, Ardanaz, Corbalán y otros.

Finalmente, se presentan también ejemplares de canciones patrióticas de la «Gaceta de Zaragoza», un cartel sumamente raro referente al sitio de Gerona y un manuscrito con las máquinas militares de D. Nicolás de Castro, que sirve para dar idea de la mentalidad de nuestro ejército en aquella época.

D. Pablo Bosch

La medalla conmemorativa, hoy casi en desuso en España, y tan malísimamente tratada por nuestros escultores actuales, es el monumento histórico más duradero, por su dureza y por su breve tamaño.

La lista de medallas presentadas por don Pablo Bosch señala con toda claridad el curso de los acontecimientos durante el período á que este certamen se refiere, y lo señala con la fidelidad que hoy la prensa, sin callar fugaces entusiasmos, debilidades, vergüenzas, bizarrías, heroicidades; como que las medallas se batien al impulso de las palpitaciones del momento.

Véanse los calificativos dedicados á Godoy en 1807, poco antes de su fracaso. Los entusiasmos delirantes que Fernando VII inspira en 1808 y 9. El recuerdo de lo que el pueblo hizo con ocasión de la infamia del rey en 1814 y el frenesí entusiasta del 20. Tristemente resaltan las del 1823 para conmemorar la intervención francesa, la humillación de Sevilla y la pérdida de Méjico.

Siglo XVIII

1765. Casamiento de Carlos IV y María Luisa.—1782. Pío VI Papa.—1784. Nacimiento de los dos infantes gemelos (Gil).—Otra de Valencia á dicho nacimiento (Peleguer).—1789. Proclamación de Carlos IV, Madrid (Sepúlveda).—Otra ídem de menor módulo (id.)—Proclamación de Carlos IV en Sevilla.—Ídem id. en México.—Ídem id. en Montevideo.—(?). Academia de Medicina de Barcelona.—1792. Establecimiento de la orden de Damas nobles de María Luisa.—«Ejemplo á los pueblos». Toma de las Tullerías.—Pío VI Papa.—1795. Año III. Bonaparte, ejército de Italia.—Otras dos distintas: el mismo asunto.—1796. Carlos IV y María Luisa.—El marqués de Branciforte á Carlos IV, México.—J. Nicolás de Azara.—1797. Derrota naval frente al Cabo de San Vicente.—1798. Muerte de Gil, el célebre grabador de medallas.—Triunfos de

Bonaparte en Italia: «No combatió más que por la paz y los derechos del hombre».—1800. Año VIII-X. Messidor. Lyon á Bonaparte.—Año VIII. Bonaparte, batalla de Marengo.

Siglo XIX

1801. Año IX. Bonaparte, premier cónsul. Los agentes de Bolsa.—Idem XX Pluvioso. Paz de Luneville.—Idem id. id. Otro ejemplar distinto.—Carlos IV y María Luisa. Aplicación del método Droz para la acuñación.—1802. Carlos y Luisa. Visita á Barcelona.—Idem. Visita á Valencia.—1803. «Aux Arts La Victoire». Año IV del Consulado de Bonaparte. (Hermosísima medalla de Jeuffroy con la representación de la Venus de Médicis).—A Napoleón, la Bolsa de París.—1804. Napoleón, emperador.—(?) Carlos IV, hermosa medalla de premio.—(?) Ficha de juego.—1805. Batalla de Trafalgar y muerte de Nelson.—Otra medalla á la muerte de Nelson.—1806. Año VIII. Napoleón, emperador.—Otra, por Duvivier.—Osma al Príncipe de la Paz. (Medallita admirable de belleza, con el retrato de Godoy, considerada como ejemplar único).—Buenos Aires á Carlos IV.—Sorpresa y recuperación de Buenos Aires.—1807. A Godoy, generalísimo y almirante, general de España é Indias.—1808. Fernando VII proclamado en Méjico.—Idem idem en Valladolid de Michoacán.—Fernando VII. «Natus natriti, 1784.»—Fernando VII el Deseado (Méjico).—«Todo renace». Junta suprema de Méjico.—«Fernando VII el Deseado, padre de un pueblo libre», por Suria (Méjico).—La puerta de Alcalá (representación gráfica). Entrada de los franceses en Madrid.—el duque de Wellington.—Otra distinta.

1809. «Méjico al amado Fernando», por Suria.—Idem id. por Gordillo.—«Fernando VII captivo regnanti». (Méjico).—«Amor meus Ferdinandus est». (El busto del rey en medio de un corazón).—1810. Joaquín Napoleón, rey de las Dos Sicilias.—Alianza de España é Inglaterra. (Hermosa y rarísima medalla por Suria).—Acción del Monte de las Cruces (Veracruz).—1812. Sir T. Picton. Toma de Badajoz.—Batallas ganadas por Wellington en la guerra Peninsular.—1813. Triunfo de Vitoria.—Otra idem, distinto reverso.—1812. Promulgación de la Constitución de Cádiz (dos ejemplares.—1814. «Arrojado el enemigo por los esfuerzos del pueblo entra el gobierno en Madrid, 5 de Enero».—«Fernando VII regresa á su trono.»—«A Fernando VII la Platería de Martínez».—A Fernando VII la Universidad de Zaragoza).—Fernando VII. Restitución al trono. (Méjico).—1814. «A Fernando VII, la Sociedad Económica».—1814? «Memorable día Dos de Mayo de 1808».—1814. «Fernando VII á las víctimas del Dos de Mayo».—1815. Luis XVIII. La Santa Alianza.—1816. Segundo matrimonio de Fernando VII, con Isabel de Portugal.—Valencia á la boda del rey. (La Academia de Nobles Artes).—1819. Tercer matrimonio de Fernando VII, con María Josefa Amalia de Sajonia.—El Ayuntamiento de Madrid al augusto himeneo de Fernando VII y María Josefa

(El Imparcial 5 Junio 1908.)

Amalia.—A la boda del rey, las Provincias Vascongadas.—1820. «Resurrección de España». — «España despertada».

1820. Restablecimiento de la Constitución de 1812. — Constitución. El ciudadano Rafael del Riego. — Fernando VII, emperador de las Indias (por Guerrero, Méjico). — Otro ejemplar. — 1821. Fiebre amarilla en Barcelona. —

1823. Dugue de Angulema, bochornosa intervención francesa. — Luis XVIII, Al triunfo de la intervención. — Entrada triunfal de Angulema y sus tropas en París. — «Sevilla á su rey y señor». — Escisión de Méjico de la corona de España. — 1823. Cuarto matrimonio de Fernando VII con María Cristina. — Infante D. Carlos (después Carlos V). — (2). La Universidad de Santiago al infante D. Carlos María. — 1829. Cádiz, puerto franco. — 1833. María Cristina, reina regente. — Instalación del sistema Gengembre, para acuñar. — Rouget de Lisle (medalla admirable, con la letra y la música del célebre himno). — 1840. Visita de María Cristina á la Casa de la Moneda de París. — 1844. Regreso de María Cristina á España. — Varias plaquetas de Fernando VII.

En la misma vitrina se exhiben dos objetos Imperio de importancia:

Primero. — Un plato de porcelana de Sévres, que forma parte de una vajilla regalada á Napoleón I por el Ayuntamiento de París con motivo de su coronación (sacre). Está pintado y firmado por Swebach, director de la Manufactura imperial de Sévres. En la «Salle du Sacre» del Museo de Versailles hay cuatro jarrones, regalados en la propia ocasión, firmados de la misma manera.

Segundo. — Un marco de ébano con bronce de Thomir, que contiene, circundada por cristales dorados por Glommis, una plancha de acero representando á los reyes Carlos IV y María Luisa entrando triunfalmente en Francia en 1808. Está firmada por Reits y por le comte de Paroy, que es el que quiso dar esta prueba de legitimismo y de protesta contra Napoleón. La Restauración le hizo marqués.

En otra vitrina presenta el Sr. Bosch un cuadro con los retratos, dorados sobre cristal, de Carlos IV y María Luisa; un medallón de Robespierre, por David D'Angers, varias cajas de bronce con la Constitución de 1812; otra de pasta con la representación del primer matrimonio de Fernando VII en Barcelona; otra, cuya cubierta en metal dorado reproduce la proclamación de Carlos IV ante el Palacio real de Madrid; otra de concha con incrustaciones de oro y plata, y varias miniaturas para que se vean los trajes de la época.

Francisco Aloántara.

Salón de vitrinas

D. Félix Boix

Un vitrina en la que hay instalada preciosa colección de objetos de loza de Alcora, compuesta de fuentes, platos, jarrones, mancerinas, tarrros de farmacia, pillas de agua bendita, bacías de barbería y un precioso aguamamíl. Sobresalen entre estos objetos dos bustos de personajes desconocidos. Los objetos de esta instalación resultan sorprendentes por la intensidad de su blancura, sobre la que resaltan las sobrias y alegres decoraciones. Pocas clases de vajilla alegrarán las mesas y aparadores como estas lozas de Alcora.

Duque de Valencia

Esta colección es quizá la más numerosa.

La forman peinetas riquísimas, miniaturas montadas en cajas de diversos usos, como tabaqueras, relojes, dijes y sueltas, ó sea en sus respectivos marcos; abanicos, relojes, búcaros, joyas en gran número y variedad, arquetas, bronces y objetos artísticos labrados en piedras duras de la fábrica del Retiro y porcelanas de la misma.

En una de las vitrinas está el retrato de la marquesa de Espeja por Goya, á que nos referimos en la hoja anterior. Es la manavilla pictórica de este concurso.

Una vitrina dedicada á platería y otra á loza de Alcora y Tallavera. Otra vitrina llena de vidrios de la Granja con varias piezas de Requenco. En otra vitrina hay porcelanas francesas é italianas y un gran reloj. Hay dos cuadrillos con representaciones teatrales de la época de Carlos IV.

Sobre las cinco vitrinas que ocupa su instalación tiene el señor duque de Valencia diversidad de jarros, orzas, ánforas y cacharros preciosos de Tallavera.

Marqués de T'Serclaes, marqués de Toca, marquesa de Noblejas, marquesa de la Florida, duque de Ahumada, Rico, Comba, marquesa de la Breña, marqués de Castillo-Fiel y Sr. Barraca.

En la vitrina colocada entre las ventanas figuran, entre otros objetos del marqués de T'Serclaes, una colección de condecoraciones, sobresaliendo en el centro la placa distintiva de la junta central de defensa. Otra colección del marqués de Toca. Una estatuita en biscuit inglés del duque de Wellington. Reloj imperio de la duquesa de Noblejas. Cuatro figuritas del Retiro pertenecientes á la marquesa de la Florida.

Del duque de Ahumada, el sombrero apuntado, sable, fajín y condecoraciones que usó D. Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas, primer duque de Ahumada, capitán general durante la guerra de la Independencia y fundador de la Guardia civil.

Del Sr. Rico Jimeno la miniatura de Espoz y Mina y otros objetos de su uso.

Del Sr. Comba, un casco de coraceros franceses.

De la marquesa de la Breña una colección de porcelanas de Viena.

De los marqueses de Castillo Fiel, una cartera con tres retratos de familia, miniaturas preciosas, que perteneció á Godoy.

Del Sr. Barraca otra preciosa miniatura de Wellington que apenas se ve.

Sr. Florit

Comparte una vitrina con la del general Gómez de Arteche, de la que se ocupó el señor Ibáñez Marín. Entre lo más saliente figura un traje completo de niño de principios del siglo XIX. Mantillas y trajes de señora; un juego de lotería, espadas de la época, un vaso labrado de La Granja con el nombre de D. Antonio Porlier. Un ejemplar del diario de Madrid del 24 de Junio de 1812 con una oda al Empeñinado. Un salvoconducto firmado por el general Belliard, porcelanas de Alcora, medallas y otros objetos de época.

Marqués de la Romana, Sr. Sangro, doña Teresa Conde Luque y Garay

La vitrina central está ocupada por objetos del marqués de la Romana y de la señorita doña Teresa Conde Luque y Garay. Del marqués de la Romana hay, entre otras cosas, dos magníficas poncheras de plata y un brasero también de plata, que, aunque no es de la época, pues pertenece al siglo XVII, constituye un verdadero monumento artístico por su carácter español y por el inapreciable sentimiento decorativo que le anima y engrandece, tanto en el conjunto como en los detalles. También figuran en esta media vitrina el fajín y cruz del marqués de la Romana y varias telas del Sr. Sangro.

La instalación de la señorita doña Teresa Conde Luque y Garay es interesantísima. Ocupa toda la otra media vitrina y, entre otros objetos, la forman buen número de peinetas bellísimas, miniaturas, jarroncitos de plata con aplicaciones de bronce, abanicos, joyas, una licorera con soporte de bronce dorado y bandeja de espejo. La colección de encajes que presenta es muy rica. Mantillas de blonda española, trozos de preciosos encajes, camisas de hombre y trajes de medio paso. Fuera de la vitrina dos amoncillos de bronce sobre sus pedestales. Admirables obras de arte. Todo es de época.

Marqués de Monsalud

En tres vitrinas murales tiene el fajín, faja, espada y condecoraciones que usó el capitán general marqués de Monsalud, que hizo célebre este título organizando á su costa un regimiento para la guerra contra Francia antes de la llamada de la Independencia y que durante ésta obtuvo del pueblo la transformación de su nombre de regimiento de María.

Cristina en el de María-arrempuja, por el extraordinario denuedo con que siempre acometía al enemigo. El marqués de Monsalud, relacionado con la familia real, fué un caudillo por el estilo de nuestros guerrilleros, en el que su calidad altamente aristocrática y su categoría oficial no desvanecieron su carácter popular como guerrillero audacísimo y buen gobernador de multitudes, que lanzaba contra el enemigo de la nación. Jamás percibió sus sueldos, dejándolos á beneficio del Estado, siendo después por bueno, generoso y valiente perseguido con cruel odio como tantos otros de los que dieron su fortuna y su sangre por la patria. Su retrato en miniatura está en el centro de una de las vitrinas. A los lados se ven: un manto de corte de María Luisa, un vestido de la misma y dos preciosos albanicos, regalado uno de ellos por María Luisa á la duquesa de San Fernando, y á la princesa de la Paz el otro. Este lleva en el clavillo un reloj diminuto, cosa extraordinaria en la industria relojera de entonces. Cuatro refrescadores de plata regalo de Carlos IV al marqués del Socorro. Vajillas de Sajonia y grupos del Retiro y de Chelsea. Encajes exquisitos que pertenecieron á las vestiduras del cardenal D. Luis Borbón. Una colección de veintiocho albanicos imperio. Ocho jarrones de porcelana de China, regalo de Carlos IV al marqués del Socorro. Vestido de tul morado, bordado y con lentejuelas de plata que perteneció á María Luisa y una colección de cerámicas y tabaqueras. Dos magníficos relojes imperio, y otras cosas.

Salón de pintura

En la hoja que hemos publicado sobre la Exposición dimos noticias de los cuadros existentes en esta sala, que tratamos de completar ahora. D. Félix Boix expone cinco dibujos de Goya á lápiz rojo. Un apunte de las escenas de «Los mamelucos» y el resto Carlos IV, María Luisa é hijos. El retrato de Wellington en tinta roja es copia del que existe en Londres.

El marqués de Armentáriz presenta un catre forrado de cuero con labores, regalo, con la plata que contenía, de Wellington, á uno de los antecesores de aquél.

La Sra. Lemaury un piano inglés de la época.

De D. Vicente López existe en esta sala una rica colección de retratos. El de Castaños y el del duque del Infantado son insuperables. Del último tiene dos, á cuál más excelente. El del infante D. Antonio. El de la reina María Cristina parece algo inferior al del Museo. También hay uno del marqués de la Romana, otro del marqués de Labrador que pertenece al Sr. Beruete, y otros varios.

El general Ezpeleta tiene un retrato de la duquesa de Berg, obra de Aparicio.

Además de los Goyas citados hay uno interesantísimo que representa á un marqués de Santa Cruz, propiedad del de la Torrejilla.

El retrato de Agustina de Aragón, propiedad del Sr. Lafuente.

El del marqués de las Amarillas, primer duque de Ahumada, aunque hecho por Esquivel en época muy posterior, encaja en este concurso por el papel importantísimo que el primer duque de Ahumada desempeñó en la guerra de la Independencia. Este gran soldado fué el fundador de la Guardia civil.

Hay varios excelentes retratos de Esteve, como los del conde de Miranda, el duque de Osuna y otros.

El marqués de Santillana presenta notabilísima colección de más de treinta retratos de personajes de la época, y de muy buena pintura. El de señora de edad, la madre de Bayen, obra de éste, es precioso.

Son de importancia, histórica, entre otros motivos por su carácter é indumentaria, los dos ovalados de los señores de Mos, padres del marqués de la Vega de Armijo.

Sr. Ortiz Cañabate

En este salón figura una acuarela importante por su valor artístico y más aún por el histórico, propiedad del Sr. D. Miguel Ortiz Cañabate, que la ha presentado.

Tiene 2,13 ms. de longitud, 0,84 ms. de altura y representa la corrida de toros verificada en la Plaza Mayor de Madrid, con motivo de la proclamación de Carlos IV y jura del príncipe de Asturias Fernando el día 22 de Setiembre de 1789. En el balcón de la casa municipal, donde hoy se halla el archivo, aparece la real familia, vista desde los balcones fronteros, y tanto en el frente, como en los dos costados, un gentío inmenso ocupa los balcones y aun las guardillas. Hasta el principal llegan los palcos escalonados, que igualmente ocupa la multitud, notándose perfectamente la separación por clases y gerarquías, trajes y aun actitudes diversas en un concurso, aunque sometido á la etiqueta, lleno de animación. Tribunas especiales, barrera rectangular, escenas de la lidia, todo acabado, clarísimo, como en la más circunstanciada descripción, reforzada por la plasticidad que comunica la perspectiva y el color.

El Sr. Sentenach, en su obra «La pintura en Madrid, página 236, dice que «es un prodigio de paciencia al par que de buena entonación y cuyas numerosísimas figuras no pueden contarse; quizá sea obra de Brambilla, con la colaboración de Paret, que le hacía las figuras y que constituyen una página interesantísima de nuestra pintura y de la historia de la corte.»

También se alude á este importantísimo documento histórico en otras publicaciones y artículos, siendo el más rico en noticias el publicado en el número 36 de *La Lidia* de 1884, que se titula «Documento notable de las antiguas corridas reales», en que figura el lauto que se dió para esa corrida y los caballeros en plaza y lidiadores que tomaron parte en ella.

Como se ve, tan importantísimo documen-

to en ninguna parte sería más oportuno que en el Museo Municipal, cuyos modestos principios se deben al secretario del Ayuntamiento. El saber, y sobre todo el acendrado amor del Sr. Ruano á Madrid, van dando sus frutos, no sólo en esta institución del Museo Municipal, sino en otras muchas iniciativas cuyo objeto es siempre el cuidado filial por cuanto se refiere al carácter histórico y al porvenir de la Villa.

También presenta el Sr. Ortiz Cañabate un retrato del celeberrimo lidiador José Romero, que luce rico vestido regalo de la duquesa de Alba. Además aparecen formando parte de la indumentaria en este retrato el capote jerezano, el pañuelo rondeño que lleva al cuello y la faja á la sevillana, que simbolizan el entusiasmo con que en las respectivas localidades fueron estimadas las proezas del fiero y garboso lidiador. Es una soberbia copia de Goya, hecha por su admirable comentarista y rapsodista Eugenio Lucas. Al Sr. Ortiz Cañabate pertenece también un retrato de la cómica Amalia Ramirez, por Esteve.

El retrato de Quintana joven, hecho por Rivelles, con tal maestría que parece obra de Goya, figura también en este salón. No he podido averiguar quién es su propietario.

Dña Emilia Pardo Bazán

En preciosa vitrina circular, única en la Exposición por su carácter de época y delicadísimo estilo, presenta la insigne escritora doce abanicos, entre ellos uno que perteneció á «La Tirana».

Duque de Valencia

En el centro, entre las vitrinas del Senado, hay una cama enorme y fastuosa que se dice perteneció á Fernando VII. Tiene forma de canoa. Aunque pesadísima, es de bastante carácter y sus aplicaciones de bronce muy notables. Pertenecen al duque de Valencia.

Duque de Tamames

Tiene en esta sala un cuadro, escena de la guerra, por Goya. Otro que representa á Fernando VII príncipe de Asturias, de Goya. Retrato de la duquesa de Peñaranda, de lo mejor de Goya; así como el de cuerpo entero de la marquesa de Santiago. El del conde de Miranda. El busto del infante D. Antonio, por D. Vicente López, ya citado.

Academia de Bellas Artes

Gérard (le Baron François). Copia del retrato de Napoleón I (lienzo).—Procedente del real Palacio, de donde se trajo á la Academia en 10 de Junio de 1817 (no existe antecedente alguno respecto á este cuadro).

Goya (D. Francisco). Retrato de D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz.—Procedente de la colección de dicho príncipe.

Acerca de este lienzo dice Charles Iriarte: «Ce portrait, qui rappelle la mise en scene du peintre Gros, est cité par le prince de la Paix dans ses Mémoires; il figurait au palais de l'Amirauté, et le prince avait fait écrire sur le

El Imperial 9 Junio 1908.

cadre les mots suivants: «Par amour pour l'humanité, je désiré la paix, mais je n'écouterai jamais aucune proposition qui puisse blesser l'honneur de mon roi». Ces paroles furent prononcées dans un entretien que don Manuel Godoy eut avec l'ambassadeur français, general Beurnonville. A la suite de l'expulsion du prince, le cadre fut brisé».

Alvarez de las Asturias y Bohorques (don Mauricio), duque de Gor. Muerte del general D. Martin de la Carrera. (lienzo).—«Era esto en fines de Enero (1812) al tiempo que no lejos de alli, en Murcia el general D. Martin de la Carrera, del mismo tercer ejército, inmortalizaba su nombre y acababa su vida con una hazaña digna de contarse.

Hallábase la Carrera á las inmediaciones de Murcia, cuando llegó á esta ciudad el general Soult, hermano del mariscal, con gente del ejército de Andalucía. O por indicaciones del mismo general ó por acto espontáneo de los suyos, lo cual es para nosotros indiferente, dispusieron aquéllos agasajarle con un espléndido banquete en el palacio episcopal en que se alojaba. La Carrera, que mandaba gran parte de la caballería de nuestro segundo y tercer ejército, concibió el pensamiento atrevido de sorprender á los franceses cuando estuvieran en el festín. La población había de ser acometida por diferentes entradas á un tiempo: él con 100 jinetes había de entrar por la puerta de Castilla. Por desgracia los demás, sin que sepamos la verdadera causa, ó no concurren á los puntos designados, ó no se atrevieron á penetrar por ellos; entró él solo con sus 100 jinetes. La sorpresa fué grande, y habría tenido el éxito que se buscaba á haber contribuido á ella todos los que debieron tomar parte. A la voz de que estaban los españoles dentro de la ciudad, sobresaltáronse los franceses, y especialmente los del festín; tan aturrido anduvo Soult, que levantándose de la mesa bajó tan azorado que faltó poco para que rodara la escalera. Pero al fin, puestos en movimiento los enemigos, cargaron con todas sus fuerzas sobre el caudillo español, que con solos sus 100 hombres se defendió denodadamente en calles y plazas, acuchillando cuantos franceses se le ponían delante. La lucha, si embargo, no era sostenible: nuestros valientes soldados, aunque mataban, morían también; llegó Carrera á verse solo y solo se defendió de seis enemigos que le rodearon, matando á dos, hasta que desangrado por las heridas que recibió de sable y de pistola, cayó sin aliento en la calle de San Nicolás, á que más adelante, en honra suya, se la dió el nombre de La Carrera. (Lafuente «Historia de España».)

Obra ejecutada para recibirse su autor como académico de mérito.

Autor desconocido. D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz.—Busto en mármol.—Procedente de la colección de dicho príncipe.

Francisco Alcántara.

Ayuntamiento de Madrid.

Vestíbulo de pintura

Señora viuda de Iturbe, marqués de Mendigorría, general Ceballos, Conde y Luque, Rotondo, Borondo.

Hay dos vitrinas; la inmediata á la puerta del salón de pintura contiene: Varios sables franceses presentados por los Snes. Borondo y viuda de Fulgosio, que tiene uno excelente. La espada del Sr. Rotondo que perteneció al príncipe de la Paz. Un sable expuesto por el general Ceballos, y varias chupas por la señora viuda de Iturbe, que tiene además dos elegantísimos sillones en el salón de pintura. También contiene varias chupas del Sr. Alvarez Guijarro y del Sr. Conde y Luque. Bastones de uso del general Zarco del Valle, presentados por el marqués de Mendigorría.

Señora viuda de Iturbe, condes de Castillo-Fiel, Peñuelas, Ortiz Cañabate, marqués de Pidal, Alvarez Guijarro, marquesa de Campoalange.

En la otra vitrina expone el marqués de Pidal un plato, un centro y una bandeja de porcelana del Retiro y un calentador de Sajonia. Una peineta bellísima que perteneció á la reina Cristina. Hay otra peineta muy típica del Sr. Alvarez Guijarro. Dos preciosos estribos expuestos por la señora viuda de Iturbe. Varios latones ovados con escenas de toros pintadas por Carnicero, del Sr. Ortiz Cañabate, y dos jicaras de las que la junta central regalaba á los diputados de las Cortes de Cádiz, expuestas por el Sr. Peñuelas.

Un abanico de baraja con escenas del Dos de Mayo y de los sitios de Zaragoza. Es el más interesante de todos los abanicos expuestos y pertenece al Sr. Borondo; tres abanicos de la época, de la Sra. Martínez y una mantilla negra de la señora de Santos.

En esta especie de zaguán sin luz, donde los objetos encerrados en las vitrinas apenas se ven, hay bastantes cuadros, que se ven menos, son de interés histórico y entre ellos, frente á frente colocados, descuellan el de Pepita Tudó y el de Godoy, éste por Esteve. Ambos pertenecen á los condes de Castillo-Fiel.

En la antesala de las instalaciones de la Real Casa y ministerio de Marina hay bastantes cuadros, que apenas se ven. Uno es el retrato del general Downie, inglés españolizado, que usó para combatir con gran denuedo á los franceses la espada del Pizarro á que se refiere el Sr. Florit. Tres pasteles de Trépolo, expuestos por la señora viuda de Iturbe, y varios lienzos, obra de Lucas, propiedad del Sr. Ortiz Cañabate. Es notabilísimo el que representa una corrida de toros, tanto por el mérito artístico, que es grande, como por el histórico.

Los cuadros de Madrid

Desde éste se pasa á otro salón más oscuro, en cuyo centro, y con regular luz de costado, se ve una litera Luis XV, que expone la marquesa de Campoalange. Los muros están cubiertos por los que llamo cuadros de Madrid, porque tienen el valor de documentos históricos para la villa, casi todos pertenecen al Municipio. Representan fusilamientos, paradas, vistas del Palacio real, del Retiro y de otros puntos. Por uno de ellos puede fijarse seguramente el emplazamiento de la fábrica de porcelana del Retiro. Todos deben ir desde este tenebroso salón al Museo Municipal. Algunos son de mérito artístico, los hechos al blanco y negro, pero todos son interesantes.

Salón de trajes

Conde de Aguiar, señora viuda de Iturbe, Moreno Carbonero

En él, á buena luz, se hallan expuestos casi todos los trajes de la época, regalados al Museo Arqueológico por la señora viuda del pintor Mérida. También existen en las vitrinas un precioso traje de torero, que perteneció á Pepillo y expone el conde de Aguiar, y dos casacas que presentan las señoras viuda de Iturbe y Moreno Carbonero.

D. Félix Boix, general Ezpeleta, conde de Almodóvar

Hay dos vitrinas centrales. En la primera expone D. Félix Boix una colección de 47 tomitos de la «Guía de forasteros de Madrid» pertenecientes á los siglos XVIII y XIX, con encuadernaciones artísticas; tabaqueras con miniaturas y relieves y un relieve de porcelana de Alcona con el retrato del conde de Aranda.

En la segunda vitrina figura la rica colección presentada por el general Ezpeleta. Se compone de unas 25 miniaturas de personajes de la época: José Bonaparte, Fernando VII, doña María Luisa, duque de Parma, del infante D. Francisco y su mujer la infanta doña Luisa Carlota, de la duquesa de Alba, de Wellington y otros. Caja de bronce con la Constitución de 1812. Bajorrelieve en marfil del príncipe de la Paz. Un precioso álbum italiano de dibujos de la guerra de la Independencia. Caja de rapé con los retratos de Carlos IV y María Luisa, y otros objetos hasta el número de cuarenta, abundando los marcos exquisitos y los estuches más característicos del tiempo.

En la misma vitrina tiene el conde de Almodóvar seis sables grandes franceses, algunos de la guardia imperial.

En este salón hay también algunos de los cuadros que yo llamo de Madrid, porque ayudan á conocer la historia de su urbanización, aunque de ningún mérito artístico, y el bajo relieve de Sargadefos, del que se ha hecho referencia.

Vestíbulo

D. Santiago Rodríguez, conde de Toreno, marqués de Ahumada

En la vitrina central de la izquierda figura una colección de instrumentos de trabajo de chispero, expuesta por D. Santiago Rodríguez, biznieto de un chispero de la época.

El conde de Toreno expone escribanía, libros y documentos de su antepasado el autor de la «Guerra y revolución de España», y un bastón del mismo. El marqués de Toca, una colección de papeles impresos del tiempo de la guerra de la Independencia.

El marqués de Ahumada, una colección de papeles referentes á la intervención de su antecesor en la guerra de la Independencia. Estos papeles son de capitalísimo interés, y se hallan ordenados con escrupulosa diligencia.

D. Ildefonso Altamira, Sr. Jimeno Regnier

En la vitrina mural correspondiente presenta D. Ildefonso Altamira un traje fastuosísimo de Carlos III; es amarillo, con bordados, y alcanza la categoría de verdadero monumento en orden á la indumentaria y á las telas.

El Sr. Jimeno Regnier tres trajes de mediodía.

D. Nicolás Martín, conde de las Almenas, conde de Castillo-Fiel, duque de Ahumada, marqués de Toca, Archivo Histórico.

En la vitrina central de la derecha expone D. Nicolás Martín, espadero, descendiente del Empecinado, trabuco, sable, catalejo y sello de campaña usados por el famoso guerrillero.

Una jarrita talaverana del conde de las Almenas, con el retrato del Empecinado.

El conde de Castillo-Fiel, biznieto del príncipe de la Paz, presenta cartas de María Luisa.

El duque de Ahumada, unos documentos, que comprenden desde 1808 hasta el término de la guerra. Dos tomos de los libros de gobierno de la Sala de Alcaldes de casa y corte de 1808. Contienen todo lo relativo á los sucesos del 2 de Mayo y sus derivaciones en Madrid.

El marqués de Toca. Una interesantísima colección de hojas volantes de la guerra, que comprenden desde los primeros partes del general Castaños y conde de Tolosa dando cuenta á la junta de Sevilla de la batalla de Bailén.

Del Archivo Histórico Nacional se presentan las causas originales de los diputados de las Cortes de Cádiz formadas por orden de Fernando VII.

Muchos de los documentos mencionados han sido recientemente descubiertos y fueron desconocidos hasta para el general Gómez de Arteche.

**Duque de T'Serclaes, Sr. Gómez Imaz,
condes de Scláfani**

En la vitrina mural del otro lado del ingreso hay una preciosa capa morada del duque de T'Serclaes. Del Sr. Gómez Imaz, dos casacas y seis sables de la época, y de fondo antiguas colgaduras del teatro del Príncipe.

De los condes de Scláfani, el mapa de España que usó Wellington durante la guerra.

Francisco Alcántara.

El Imparcial. 11 Junio

11. J. de la Cruz

Ministerio de Marina

Expone modelos de navíos y fragatas de la época. El arsenal de la Carraca en 1808. Maniquies con trajes de soldados de artillería de marina, de tierra y de á bordo de teniente de navío. De batallones de marina en traje de á bordo y de tierra y traje de marinero.

Dos sables de la fábrica de Versailles, regalos de Napoleón á los generales Martínez Espinosa y Uriarte.

Espada del alférez de navío D. Manuel Díaz Martínez, ayudante de Gravina, que peleó en Trafalgar y en Bailén. La medalla de esta última acción figura pendiente del puño.

Marqueses de Santillana, condesa de Santiago

En la sala del ministerio de Marina ocupan la instalación de los marqueses de Santillana cinco grandes vitrinas murales y una central, en la que también hay algunos objetos de la condesa de Santiago.

En los fondos de las cinco vitrinas murales van suntuosísimas telas que son colchas del tiempo, y repartidas por toda la instalación 4 mantillas de encaje de blonda de España, una negra de blonda y otra de madroños, también negra; guantes de cabritilla con pinturas y un espadín que perteneció al Príncipe de la Paz, una colección de abanicos y otros objetos. Pero lo que constituye el objeto de mayor interés artístico en esta instalación de los marqueses de Santillana, es la corrida de toros á un tercio del tamaño natural. Este género de manifestaciones escultóricas que comprende los nacimientos (parece que esta corrida de toros formaba parte del de Palacio), hasta la muñequería pertenece, como toda la imagerie religiosa española, á la escultura pintada, mejor á la encarnada de antiquísimo abolengo en nuestro país.

Próximamente del mismo tamaño de estos toreros son las imágenes de nacimiento que se conservan en la Academia de Bellas Artes, y que parece pertenecieron á un infante de España. Comprende esta colección de Santillana todas las suertes del toreó, y según parece, las figuras son retratos de toreros y picadores de la época; se reconocen en ellos á Pepe-Hillo, Costillares, Nonilla y Romero. Toros y caballos están bien tratados, sobre todo las mulillas, el cadáver del toro y la figura del que lo ata al tiro para el arrastre. Algo dejan que desear las figuras de los chulillos en cuanto á movimiento y acción, pero las cabezas son perfectísimas y los trajes de un acabamiento y caracterización tan prolijos que encantan.

El traje del picador es en absoluto distinto del actual, y de un carácter campesino que explica sus derivaciones en los caballistas mejicanos. Las cabezas y manos se hallan encarnadas como las de la imagerie del tiempo, aunque con más realismo. En cada rostro existe marcado sello de personalidad.

Se dice que el plan de estos grupos fué ideado por Goya, aunque no hay datos que lo confirmen. Que un duque de Osuna lo compró en Palacio por unos cinco mil duros. De la almoneda de Osuna la compró el marqués de Santillana, menos un caballo que fué después hallado en el Rastro.

Completan esta instalación un precioso juego de café de plata sobredorada. Un retrato pequeño, al óleo, poco mayor que una miniatura, obra de Goya, que representa á D. Francisco Cabrera. Un retrato en relieve en marfil, de frente, de María Luisa, dijes, relojes y joyas. Una estatuita de Fernando VII en bizcocho del Retiro y jarrones de la misma procedencia.

Marqués de Argüeso

En una vitrina central presenta un espaldín precioso que se supone con gran verosimilitud perteneció al rey José. Numerosa colección de abanicos, relojes y otras joyas, dos chupas, varios trozos de encaje y un reloj de bronce. Un album de dibujos originales de D. Vicente López. Está á la vista una figura en cuyo estilo se aprecia claramente el del autor señalado.

D. Antonio de Zayas y señora

En vitrinas murales tienen el retrato en miniatura del general Lemaur, faja, espada, sable y condecoraciones del mismo y cincuenta abanicos, entre ellos algunos excelentes ó curiosos.

Marqués de Oquendo

En caballete vertical y preservado por dos grandes cristales, presenta un bellissimo manto de corte, de encaje, que perteneció á la reina María Luisa.

Condesa viuda de Montarco

Tiene en dos vitrinas murales una rica colección de peinetas, muchos encajes, doce abanicos, centros, candelabros y un precioso volón de plata, reloj, candelabros y figuras de bronce dorado, cristalería de la Granja, nueve relojes de bolsillo con tapas esmaltadas y miniaturas. Sobre las vitrinas tiene una colección cerámica, en la que se distinguen dos soperas de media porcelana de Nápoles, muy notables. También tiene dos retratos, uno de ellos goyesco.

Francisco Alcántara.

El Imparcial 27 Junio 1908.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICA

Después de su clausura.—Lo que aconseja la experiencia.—Mirando al porvenir.—Cuidado con los sabios.—Los cultos y bondadosos auxiliares.

Cerrada la Exposición del centenario del Dos de Mayo de 1808, y cuando no se corre peligro de que algunas observaciones desluzcan el acontecimiento, parezcan mezquinos desahogos ó crítica estéril de imperfecciones irremediables, ocupémosnos de sus deficiencias, mirando al porvenir.

La Exposición histórica del IV centenario del descubrimiento de América, la celebrada en León hace dos años, la de Viena y otras que no recuerdo en este instante, la reciente del Dos de Mayo aquí y la actual, que constituye interesantísima sección en la hispano-francesa de Zaragoza, demuestran que nuestro tesoro de arte antiguo permanece ignorado en gran parte, contra la conveniencia de la nación, interesada en que se revele por completo al público universal, pues prescindiendo de otras razones de interés privado y mercantil, existe la suprema del conocimiento de nuestra historia, al que contribuyen tal vez más cumplidamente que otro género de estudios. Por espacio de dos siglos, y algo más, el arte que poseemos, sobre todo en lo relativo al mueble, indumentaria, armadura, pintura, escultura y sus derivaciones y gran parte de la arquitectura y las suyas es exclusivamente, ó por lo menos preponderantemente español, y cuando las grandezas materiales aparecen dignificadas por un gusto artístico tan encumbrado, viril y severo como en la España Imperial de los siglos citados, puede decirse que la cultura llegó á las cumbres más altas. El arte caudaloso, y de las perfecciones del nuestro, sólo es patrimonio de las razas educadoras é impulsoras de la civilización. Este papel que en diversos órdenes de la vida desempeñamos, fué de una magnitud todavía desconocida, más que por los de fuera, por nosotros mismos, y debe ser estudiado especialmente desde el punto de vista artístico, para ir sustituyendo con su conocimiento positivo y vigorizador la estéril vanidad que nos infunde el vago presentimiento de su desmesurada grandeza.

Parece que se encaminan las cosas en este sentido. Un magnate español de la más elevada estirpe, acaricia la idea de que se celebre en Madrid un concurso del arte retrospectivo universal. Nos parece acertadísima, porque en él podríamos dar á conocer definitiva y completamente lo que históricamente somos. Cada país debe contribuir á la cultura con lo que tiene; sin que se amortigüen en un punto nuestros anhelos de prosperidad material, sin distraernos del trabajo que á ella conduce, debemos y podemos mostrar al mundo y mostrarnos á nosotros de manera solemne y definitiva lo que fuimos y lo que todavía con aquella manera de ser podemos influir en la educación del gusto y en el encauzamiento de las artes bellas é industriales.

Por todo lo dicho conviene hacer un pequeño ajuste de cuentas de la Exposición del centenario, rápidamente formada y por tanto necesariamente defectuosa, aunque pudo responder más adecuadamente á su fin, de haber presidido en ella un elevado criterio artístico.

En los salones del Museo Arqueológico vimos con satisfacción profundísima, á ilustres damas y caballeros instalando por sí mismos en las vitrinas sus preseas históricas, vajillas, miniaturas, platerías, cerámicas, telas, encajes, bronceos, jarrones, cuadros, esculturas, armas, libros; pero esto no basta. Trátase hoy en estos concursos más que destumbrar con instalaciones copiosas, aglomeradas y confusas, de instruir, y se pueden obtener ambos efectos. Cuando se poseen colecciones como las riquísimas del duque de Valencia, marqués de Monsalud, marqueses de Santillana y otras que figuraron en la Exposición, es legítimo el orgulloso sentimiento de su caudal y de su mérito artístico; pero hay que

tener en cuenta el interés salvador de la enseñanza y de los estudios de aplicación industrial y artística, consintiendo á este fin que parte de las joyas ocupe su puesto en conjuntos verdaderamente históricos, como salones, gabinetes, alcobas, comedores y aun cocinas de época (en la Exposición del Toisón figuraba una cocina mediceval), donde, y sin explicaciones, adquiere el visitante idea cabal de cada objeto, de su especialísimo carácter y belleza. Las instalaciones del Sr. Boix, singularmente la preciosa de loza de Alcora, se distinguieron por su claridad y fácil comprensión.

Casi todos los concurrentes á esta Exposición del Centenario habrán visto alguna de la misma clase en el extranjero y saben que hoy se comienza por reconstituir la casa de la época respectiva y que en ella es donde tienen adecuada exhibición esos objetos preciosos, que amontonados en vitrinas no se pueden estudiar, permaneciendo desconocido su uso, por lo que vuelven, como aquí ha ocurrido, á la residencia de sus dueños, tan ignorados de la gran mayoría de los visitantes como si de ellos no hubiesen salido.

Mas para llevar esto á la práctica es indispensable, á la vez que buena disposición en los poseedores, que el Estado, las Diputaciones y Municipios se persuadan de que son los artistas, exclusivamente los artistas, los que deben plantear y dirigir estas fiestas históricas del arte y de la cultura, con exclusión de los sabios; por lo menos, de los que por ahora se gastan aquí generalmente. Sabios librescos, estériles, cursis y ferozmente antipáticos, que no sirven más que para estropearlo todo.

Mi experiencia no me ha permitido conocer más que uno capaz de regir estos acontecimientos y es D. Eduardo Saavedra. Habrá más, no lo dudo, pero lo mejor es no fiarse. Nuestros sabios, y esto lo sé con la certeza de que ahora estoy vivo, son completamente tontos para estas cosas en que el arte interviene. Una junta ó comisión compuesta de un arquitecto, un pintor y un escultor, constituirá siempre el centro directivo adecuado de esta clase de concursos, y hecho esto, vengan todos los sabios imaginables.

De un artista, de Moreno Carbonero, ha sido la idea de reconstituir nuestros trajes militares de la época de la guerra de la Independencia, única nota viva en el bazar de preciosidades, sin asomos de organización, que no otra cosa ha sido el concurso.

Habría podido formarse un salón madrileño del año 8, animado por las más características figuras de la época que, como demostró la fiesta de la señora de Iturbe, es fácil vestir con la propiedad y el carácter más rigurosos.

En resumen, en estas exposiciones debe hacerse revivir la historia, y para conseguirlo deben encomendarse á los artistas, arquitectos, pintores y escultores.

Al terminar la campaña informativa de la Exposición tengo que dar las gracias á nuestros doctos y amables colaboradores los señores Moreno Carbonero, Ezquerria del Bayo, Comba, Ibáñez Marín, Van Baumbergeheyn, Cambronero, barón de la Vega de Hoz, Florit, Gaudin y Sentenach. Debo casi todas las noticias sobre el detalle de las instalaciones al ilustrado archivero y bibliotecario Sr. Alvarez Osorio, así como otras muchas facilidades á sus compañeros Sres. García López y Mediano Gil. Que conste mi agradecimiento.

Francisco Alcántara.

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



Ayuntamiento de León

1200037547